



ISBN: 978-607-02-6379-8

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones
sobre la Universidad y la Educación

www.iisue.unam.mx/libros

Jaime M. Pensado (2015)

“El movimiento politécnico de 1956: la primera revuelta
estudiantil en México de los sesenta”

en *Movimientos estudiantiles en la historia de América*

Latina IV,

Renate Marsiske (coord.),

IISUE-UNAM, México, pp. 129-187.

Esta obra se encuentra bajo una licencia Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional
(CC BY-NC-ND 4.0)

EL MOVIMIENTO POLITÉCNICO DE 1956: LA PRIMERA REVUELTA ESTUDIANTIL EN MÉXICO DE LOS SESENTA

*Jaime M. Pensado**

En América Latina la visibilidad del *estudiante* en la esfera pública y del *estudiantado* como colectivo son recientes. Al igual que el concepto de la *juventud*, se comenzó a distinguir a estos sectores como nuevos actores políticos y sociales sólo a finales del siglo XIX y principios del XX. El surgimiento del joven estudiante mexicano no ha sido una excepción al marco regional.¹ Ruidosas huelgas estudiantiles en las calles del centro de México, la creación de novedosas organizaciones juveniles y la organización de conferencias escolares nacionales e internacionales llamaron la atención de la prensa, de padres de familia y de diferentes autoridades escolares, políticas y clericales durante el porfiriato (1876-1910) y el periodo revolucionario (1910-1938).² A pesar de las esporádicas confrontaciones

* Una versión en inglés de este trabajo se puede encontrar en el capítulo 3 de mi tesis de doctorado "Political violence and student culture in Mexico: The consolidation of Porfirismo during the 1950s and 1960s", 2008. Quiero expresar mis agradecimientos a Pablo Ben por su ayuda en la traducción de este texto.

1 Véase, por ejemplo, Raquel Barceló, "El muro del silencio. Los jóvenes de la burguesía porfiriana" y Gerardo Necochea Gracia, "Los Jóvenes a la vuelta del siglo", ambos en José Antonio Pérez Islas y Maritza Urteaga Castro-Pozo (coords.), *Historias de los jóvenes en México: Su presencia en el siglo XX*, 2004; Jaime M. Pensado, "Between cultured young men and mischievous children: Youth, transgression, and protest in late Nineteenth-Century México," en *Journal of the History of Childhood and Youth*, vol. 4, núm. 1, The John Hopkins University Press, 2011, pp. 26-57 y Renate Marsiske, "Clases medias, universidades y movimientos estudiantiles en América Latina (1910—1930)", en Renate Marsiske (coord.), *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina*, vol. 1, 1999.

2 Javier Garcíadiego, *Rudos contra científicos. La Universidad Nacional durante la Revolución Mexicana*, 1996; Javier Mendoza Rojas, *Los conflictos de la UNAM en el siglo XX*, 2001, y Ciriaco Pacheco Calvo, *La organización estudiantil en México*, 1980; Jaime M. Pensado, *op. cit.*

que se dieron entre estudiantes y autoridades durante las primeras cuatro décadas del siglo xx, en México, como en otros países latinoamericanos, el estudiante fue celebrado con entusiasmo como un símbolo de “modernidad”, “progreso social”, y “unión nacional”. Tal entusiasmo, sin embargo, comenzó a disiparse a partir de la Segunda Guerra Mundial, un proceso que tampoco fue meramente mexicano sino que aconteció también de manera similar en Europa, Estados Unidos y el cono sur. Un nuevo discurso que llevaba la impronta incipiente de la guerra fría comenzó a cobrar fuerza entre los líderes políticos y los profesionales de la cultura: la juventud sería crecientemente identificada como “un momento de transición en crisis”.³ Voceros del Estado posrevolucionario al igual que importantes autoridades de la iglesia católica y del sector privado temían que en este momento de “crisis” nacional e internacional el joven estudiante mexicano fuera manipulado por “manos extrañas” que podrían provenir tanto de las fuerzas “extranjeras” de la ultraderecha, como, en el peor de los casos, de las “manos extrañas” dirigidas por la izquierda radical.

Estas tensiones inherentes a la guerra fría que redefinieron la imagen del joven estudiante en la vida pública resultaron clave en el desarrollo del movimiento estudiantil de 1956 que tuvo lugar en el Instituto Politécnico Nacional (IPN). La mera posibilidad de que los jóvenes estudiantes se volcaran hacia la ultraderecha o la izquierda radical ponía en entredicho la posición centrista del Estado “revolucionario”. Por tal motivo en este ensayo se argumenta que el movimiento politécnico de 1956 constituyó una inflexión que no tiene parangón con otros momentos de la historia política estudiantil mexicana del periodo posrevolucionario.

3 Luisa Passerini, “Youth as a metaphor for social change: Fascist Italy and America in the 1950s”, en Giovanni Levi y Jean-Claude Schmitt (eds.), *A history of young people in the West*, 1997 p. 282; Gerd-Rainer Horn, *The spirit of '68: Rebellion in Western Europe and North America, 1956—1976*, 2007, pp. 23-30, y Valeria Manzano, “Sexualizing youth: Morality campaigns and representations of youth in early 1960s Buenos Aires”, 2005, pp. 433-461. Para el caso mexicano, véase, por ejemplo, los discursos sobre la juventud de parte de la administración presidencial alemanista en Jaime Pensado, *op. cit.*, caps. 1 y 2, y *Rebel Mexico. Student unrest and authoritarian culture during the lost sixties*, 2013, caps. 1 y 2.

Paradójicamente, la importancia de este movimiento ha sido eclipsada por el estudio de los acontecimientos de 1968. Relativamente nada se ha escrito sobre el desarrollo y trascendencia de esta revuelta estudiantil.⁴ El movimiento de 1956 señaló el fin de la era estudiantil cardenista que en la década de 1940 y principios de la de 1950 se había organizado en defensa de la “educación popular” y que en su mejor momento había posibilitado la expansión de escuelas técnicas y rurales para jóvenes provenientes de los sectores populares.⁵ Por otro lado, la huelga politécnica de 1956 representa el primer desafío público y directo organizado por parte de una organización estudiantil (el Frente Nacional de Estudiantes Técnico, FNET) a favor de un nuevo concepto de democracia que maduraría a través de la década de 1960 hasta llegar a culminar en el movimiento estudiantil de 1968. Junto con las revueltas sociales de 1958 y el impacto internacional de la Revolución Cubana un año más tarde, el movimiento estudiantil de 1956 generó una nueva *cultura* de protesta estudiantil y de violencia institucional que caracterizó la turbulenta época de los *sesenta*.⁶ Fue precisamente durante el desarrollo del

4 El trabajo más completo sobre el movimiento estudiantil de 1956 es el de Manuel Marcué Pardiñas *et al.*, “La crisis de la educación en México. La ocupación del Instituto Politécnico Nacional”, 1956.

5 IPN, *50 años en la historia de la educación tecnológica*, 1988, y Roberto Brito Lemus, “Cambio generacional y participación juvenil durante el cardenismo”, 2004.

6 Los “sesenta” o “the long sixties”, como varios historiadores lo han señalado, no es una categoría cronológica que comienza en 1960 y termina en 1970. Los sesenta, argumenta Diana Sorensen, *A turbulent decade remembered. Scenes from the Latin American Sixties*, 2007, p. 215, n. 2, se deben de entender como un periodo “heurístico”, el cual se distingue por el surgimiento de un nuevo espíritu de utopía e innovadora cultura de protesta. De manera similar, Gerard J. De Groot, “The culture of protest: An introductory essay”, 1997, p. 4, arguye que el activismo político y la represión institucional que caracterizaron este periodo de manera simultánea en distintas partes del mundo, desde la mitad de la década de 1950 hasta mediados de la de 1970, “no fue un fenómeno aislado” que ocurrió en diversas partes del mundo y “en distintos momentos”, lo que distinguió a los sesenta fue el surgimiento de una nueva “cultura” de protesta que en un nivel universal creó similares “mitos, lenguajes, costumbres”, y “comportamientos”. Véase también Arthur Marwick, *The Sixties: Cultural revolution in Britain, France, Italy, and the United States, c. 1958-c. 1974*, 1998; Gerd-Rainer Horn, *op. cit.*, 2007; Martin Klimke y Joachim Scharloth (eds.), *1968 in Europe. A history of protest and activism, 1956-1977*, 2008, y Karen Dubinsky *et al.* (eds.), *New world coming: The Sixties and the shaping of global consciousness*, 2008. Para el caso mexicano véase Gerardo Estrada, *1968. Estado y universidad. Orígenes de la transición política en México*, 2004; José René Rivas Ontiveros, *La izquierda estudiantil en la UNAM. Organizaciones*,

movimiento de 1956, y no en 1968, cuando *el estudiante* dejó de ser celebrado como un baluarte de “unión nacional” para convertirse en un creciente “problema nacional”.

Este ensayo se dividirá en dos partes que tienen por objeto examinar la respuesta que la élite política mexicana dio al surgimiento de este “problema nacional”. En la primera parte se considerarán los orígenes y evolución de esta primera protesta estudiantil masiva y se argumenta que la reacción negativa hacia la presencia de la juventud mexicana en los espacios públicos fue incitada principalmente por la cobertura altamente sesgada que llevaron a cabo los medios de comunicación en ese momento.

En la segunda parte del ensayo examino los diferentes mecanismos de control y mediación legales y extralegales desplegados por una amplia gama de autoridades con el objeto de suprimir y negociar con el llamado “emergente problema estudiantil”. Estos mecanismos de control se desarrollaron en 1956, continuaron siendo empleados hasta los años sesenta, y fueron sagazmente combatidos por el movimiento de 1968. Se trata de 1) el apoyo financiero sistemático a la violencia estudiantil, una provocación que más tarde se llegaría a conocer con el término *porrismo*; 2) la ocupación militar del IPN; 3) el encarcelamiento de líderes estudiantiles mediante la ley de disolución social, y 4) la sustitución de líderes estudiantiles “radicales” por representantes “charros”.⁷

movilizaciones y liderazgos (1958-1972), 2007; Jaime M. Pensado, “Student politics in Mexico in the wake of the Cuban Revolution”, 2008, y Jeffrey L. Gould, “Solidarity under siege: The Latin American left, 1968”, 2009, Jaime M. Pensado, “«To assault with the truth»: The revitalization of conservative militancy in Mexico during the global sixties”, en *The Americas. Academy of American Franciscan History*, vol. 70, núm. 3 (enero 2014), pp. 489-521.

- 7 En la década de 1940 en México se bautizaron como “charros” a aquellos líderes sindicales que con el uso de la violencia e intimidación lucharon en contra de los trabajadores independientes que se negaban a pertenecer a los sindicatos estatales. Así nació el fenómeno del “charrismo” en referencia a la alianza que se trató de lograr entre los líderes sindicales y el gobierno. El historiador Antonio Alonso, *El movimiento ferrocarrilero en México, 1958/1959*, 1975, p. 98, explica: “El charrismo es, por definición, ilegal; sus vicios de origen son la violencia y la arbitrariedad. El gobierno, al otorgar su reconocimiento a las direcciones espurias [o charras] las reviste de legalidad, ciertamente; pero salta a la vista que el propio reconocimiento gubernativo constituye, más que un acto de naturaleza propiamente legal, un hecho punible. El gobierno, al legalizar los golpes de fuerza y otorgar protección a las direcciones sindicales espurias [con el uso de líderes charros], se excede en sus facultades, tuerce la interpretación de la ley y rompe evidentemente el orden jurídico”.

LA PROTESTA ESTUDIANTIL DE 1956 Y LA OPINIÓN PÚBLICA

El estallido que inició la protesta de 1956 fue una huelga masiva que involucró al conjunto de 25 mil estudiantes del IPN el 11 de abril de ese año.⁸ El número de huelguistas rápidamente escaló a cien mil cuando la protesta alcanzó escala nacional, extendiéndose a la Escuela Nacional de Maestros, la Escuela de Educación Física y alrededor de 33 escuelas normales y agrícolas de las zonas rurales. Las dos demandas más importantes del estudiantado politécnico fueron: 1) la inmediata renuncia de siete de los administradores de la escuela, incluyendo al director del IPN, Rodolfo Hernández Corso, y 2) la instauración de una nueva ley orgánica que haría posible la autonomía y la participación de los estudiantes en el gobierno del IPN.⁹

Desde el punto de vista de los politécnicos, Hernández Corso simbolizaba lo peor de las transformaciones que habían tenido lugar en la política mexicana desde 1940. En primer lugar, Hernández Corso había sido el crítico más destacado de la educación popular, pero además constituía un símbolo del “imperialismo yanqui” y de la “corrupción” inherente al sistema de educación popular. El estudiantado argumentaba que sólo un proceso democrático, que tuviera lugar por dentro y por fuera de las escuelas, podía mejorar la situación de todos los estudiantes mexicanos.¹⁰

8 *The New York Times*, 18 de abril de 1956; y “Veinticinco mil estudiantes se lanzaron a la huelga”, en *Excelsior*, 12 de abril de 1956. De aquí en adelante utilizaré los términos *estudiante*, *politécnico*, *universitario*, *líder*, *participante*, *agitador*, *revoltoso*, *preso político*, *periodista*, *historiador*, *joven*, y *médico* en referencia a ambos sexos. Como se verá más adelante, las jóvenes politécnicas también participaron en el movimiento estudiantil de 1956.

9 Los estudiantes también exigieron un aumento en el presupuesto escolar para las escuelas Nacional de Ciencias Biológicas, Nacional de Medicina, Homeopática, Superior de Ingeniería Química e Industrias Extractivas y Escuela Superior de Economía; la garantía de una vale de mil pesos para alumnos de bajos recursos, la ampliación pre y vocacionales del Distrito Federal y la adquisición de vehículos para las escuelas del IPN. Véase “Pliego petitorio de la FNET, huelga de 1956”, “Alumnos del Politécnico se declararon en huelga”, en *El Popular*, México, 11 de abril de 1956; y Department of State Documents, Washington: Mexico-Internal Affairs, 1955-1959 (en adelante, DSDW, M-IA), Desp. 1348, 8 de junio de 1956.

10 Véase, por ejemplo, FNET, “Manifiesto a la nación”, sin fecha, Fondo Reservado de la UNAM, Impresos Sueltos, Movimientos Socio-Políticos (en adelante, FR-IS-MSP), vol. 26.

Uno de los factores que más contribuyó al odio que el estudiantado politécnico tenía por Hernández Corso era su apoyo público a la creciente injerencia estadounidense en la industrialización mexicana. Sus estudios de maestría en la Northwestern University y su doctorado en Stanford constituían, a los ojos de los estudiantes, pruebas fehacientes de su favoritismo por Estados Unidos a expensas de su México nativo. En el contexto de la guerra fría, Hernández Corso era percibido como un agente del “imperialismo yanqui” que en colaboración con la Secretaría de Educación Pública quería “poner al mando de la educación técnica en México a los norteamericanos”. Si su plan tenía éxito los maestros mexicanos serían sustituidos por tecnócratas estadounidenses y se introduciría el Plan Columbia en el IPN. Este plan “consistía en que los Estados Unidos, por medio de la Universidad de Columbia [en Nueva York], enviara asesores para determinar en qué áreas [del desarrollo nacional] se debía enfocar la educación técnica”.¹¹ Para los politécnicos, sin embargo, el Plan Columbia representaba el último y más escandaloso intento de los inversores norteamericanos por infiltrarse en México para deshacerse de quienes favorecían a las industrias e instituciones nacionalizadas. La perspectiva estudiantil se plasmó, por ejemplo, en un documento de la Dirección Federal de Seguridad (DFS) que denunciaba como “el Prof. HERNANDEZ CORSO y el C. Secretario de Educación estaban desplazando del Politécnico a los maestros mexicanos para substituirlos por extranjeros, arguyendo que los nacionales se encuentran atrasados en los adelantos técnicos”.¹² El estudiantado del IPN tenía por objeto oponerse a esta sustitución en el marco de un rechazo más amplio de la influencia estadounidense en México, ya que mucha gente creía que ésta, desde 1940, había penetrado todos los sectores de la sociedad.¹³

11 “Pliego Petitorio de la FNET, Huelga de 1956”, en *Hispanic Review* (en adelante HAR), 1956, vol. IX, núm. 4, p. 163; y DSDW, M-IA, Desp. 1191, 20 de abril de 1956.

12 Archivo de la Dirección Federal de Seguridad en el Archivo General de la Nación (en adelante ADFS), “IPN”, exp. 63-3-1956, L-2, H-253-255; “Plan Columbia”, DSDW, M-IA, Desp. 1191, 20 de abril de 1956. El énfasis en mayúsculas es del documento original.

13 Nicandro Mendoza, “Relaciones Estado-IPN”, 1984, p. 84.

Las acciones de Hernández Corso también devinieron símbolo del manejo corrupto y abusivo que, de acuerdo con los estudiantes, era típico de las autoridades gubernamentales. Los “métodos charristas” de Hernández Corso eran característicos de la corrupción sindical.¹⁴ En un periódico estudiantil se acusaba a él y a sus acólitos más cercanos de desviar fondos del presupuesto escolar para que fueran usados en sus campañas políticas. El abuso de poder dentro de las escuelas también era criticado duramente, en especial porque cada vez era más frecuente que “charros académicos” amenazaran con eliminar las becas si el estudiantado votaba por un candidato “equivocado”.¹⁵

Sin embargo, los estudiantes creían que la responsabilidad por la creciente corrupción no se limitaba a Hernández Corso y su grupo. Un factor que los preocupaba era que el presidente de la república podía designar a dedo a los directores con un poder discrecional, eligiendo a quienes fueran cercanos al aparato del Partido Revolucionario Institucional (PRI) sin que el estudiantado pudiera tener voz al respecto. Tales prácticas sólo podían ser eliminadas si se luchaba por una democratización de la institución. La FNET propuso una nueva ley orgánica que aspiraba a democratizar las decisiones políticas cuestionando a la vieja generación de cardenistas. La ley estipulaba la creación de una “Comisión Mixta” en la cual las autoridades de la escuela y el estudiantado dividirían la representación en partes iguales.¹⁶ El cuestionamiento de las relaciones de poder verticales era el eje constitutivo de la FNET, y por eso su política no se limitaba al marco legal que esta organización proponía, sino que además se expresaba también en la voluntad de llevar el mensaje democrático a las calles confrontando públicamente a las autoridades gubernamentales y del IPN. Con este fin se desarrollaron una serie de estrategias de acción innovadoras.

14 Jesús Flores Palafox, entrevista con el autor.

15 “¡No Ceder, Poli! La Agresión a los Internos, Primer Paso del Programa del Gobierno Contra el Instituto Politécnico”, *Fuerza de la ESIME*, núm. 3, sin fecha, en FR-IS-MSP, vol. 26.

16 *Idem*; “Crisis de la autoridad”, en *La Nación*, 18 de junio de 1956; y “Pliego Petitorio”, en IPN, *op. cit.*, p. 144.

Brigadas de información

Una de esas estrategias fue la creación de brigadas de información cuyos nombres enfatizaban su punto de vista nacionalista. Entre otros nombres se destacaban la Brigada Francisco Villa, la Brigada Emiliano Zapata y la Brigada Lázaro Cárdenas. Estos grupos recorrían otras escuelas y se presentaban también en fábricas y pueblos cercanos para explicar la importancia de la protesta estudiantil. Una de las prácticas consistía en leer los diarios estudiantiles a viva voz para extender mensajes de solidaridad que incitaran a la conformación de nuevas alianzas con sectores sociales que compartieran el “enemigo común”.¹⁷ En uno de estos eventos un estudiante sostenía que “Los Dirigentes de la Secretaría de Educación, aplicando la política nefasta del Régimen de RUIZ CORTINES, pretenden hacer fracasar nuestra justa huelga y con ello que aborte nuestra esperanza y lucha por un Politécnico mejor”.¹⁸ Ésta y otras declaraciones constituían un giro importante en la política estudiantil que ahora desconfiaba de las viejas prácticas de negociación con el gobierno. Dado que en el pasado la negociación sólo había dado resultados magros, se creía que era preferible ejercer presión por la vía de una confrontación pública contra el gobierno a la cual se sumaran otros sectores sociales.

El movimiento desarrolló una multiplicidad de tácticas de confrontación al gobierno y acercamiento a la población. En las calles estas tácticas iban desde la organización de tribunas espontáneas en algunas esquinas al bloqueo de avenidas clave por parte de ciclistas que abrían el espacio para que se produjera un debate público. Quienes podían recurrir al coche paterno lo usaban para distribuir panfletos “en todas las esquinas de la ciudad en su alcance”, invitando a la gente a visitar las escuelas del IPN “para que ellos vieran por sí mismos qué abandonadas estaban”. El activismo más radical tomaba colectivos escolares y desde el techo de estos vehículos se

17 “No es un simple cambio de autoridades, sino la solución total del pliego petitorio”, en *La Chispa*, sin fecha, en ADFS, exp. 63-3-1956, L-3, H-32.

18 *Idem*. El énfasis en mayúsculas es del documento original.

dirigía a la población con megáfonos, llegando a lugares tan lejanos como Tlaxcala, Puebla, Michoacán, Guadalajara, Monterrey y Chihuahua.¹⁹

El estudiantado femenino también jugó un papel crucial en estos esfuerzos, aunque muchas veces con roles signados por cierta división sexual del trabajo. En general se les asignaba tareas de apoyo a la organización de las brigadas informales, tales como alimentar a los camaradas varones y organizar los papeles. Con todo, para los varones el rol femenino no era importante por estas tareas secundarias sino por la supuesta capacidad femenina de levantar los ánimos masculinos cuando la lucha contra las autoridades presentaba sus aristas más duras. El presidente de la FNET, Nicandro Mendoza, consideraba que la participación femenina se destacaba por el “entusiasmo y la abnegación de estas jovencitas [que] estimuló, de manera significativa, a todos los compañeros del Politécnico para que el entusiasmo en la batalla diaria no decayera”.²⁰ No obstante, que los varones tuvieran esta mirada no significaba que las estudiantes siempre la aceptaran. Sería un error creer que todas las estudiantes se limitaron a esperar pacientemente dentro de las escuelas mientras sus camaradas varones estaban en las calles. La huelga de siete mil maestras que había tenido lugar a principios del mismo año probablemente inspiró a las politécnicas. Las estudiantes más radicalizadas no dudaron en desafiar la asociación de la masculinidad con la esfera pública y se lanzaron a distribuir panfletos, organizar marchas y recolectar fondos para el movimiento. Junto con los varones, algunas marcharon con pancartas que rezaban: “LA POLÍTICA TRATA DE REPRIMIR A LOS ESTUDIANTES, MAÑOS FUERA DE EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL, CANALLA CORZO, FUERA”.²¹

19 ADFS, “IPN”, exp. 63-3-1956, L-3, H-1 y H-4; Nicandro Mendoza, entrevista con el autor; “Mitin en Tlaxcala de estudiantes del Poli”, en *Excelsior*, 15 de abril de 1956; ADFS, “IPN”, exp. 63-3-1956, L-3, H-1 y L-2, H-253-255.

20 Nicandro Mendoza, *op. cit.*, p. 85.

21 ADFS, “IPN”, exp. 63-3-1956, L-3, H-2-5. El énfasis en mayúsculas es del documento original. Para la huelga de maestras véase Aurora Loyo Brambila, *El movimiento magisterial de 1958 en México*, 1979.

Esta “actitud radical” adoptada por unas pocas mujeres que expresaban su desafío a la autoridad en público resultó sorprendente para mucha gente, incluso para quienes formaban parte del movimiento de mujeres. La organización feminista Ideario Político de la Mujer, dirigida por Julieta Domínguez, convocaba a las politécnicas a la desmovilización, pidiéndoles que razonaran sobre sus roles y responsabilidades como mujeres jóvenes. Formar parte del movimiento estudiantil era simplemente “anti-patriótico”. Las mujeres jóvenes no tenían porque meterse en “la política”. Al contrario,

Deben intervenir en el ánimo [equivocado] de sus compañeros, para hacer que la inquietud de los varones tome su cauce en la marcha progresista de México, porque es importante que la Patria reciba la savia fresca y vigorosa de la juventud, para fortalecer sus instituciones sociales, culturales y políticas en bien de *la gran familia Mexicana*.²²

Julieta Domínguez había perdido de vista hasta qué punto los jóvenes estudiantes politécnicos habían dejado de identificarse con las figuras de la autoridad de “la gran familia mexicana”. La protesta de 1956 marcaba un quiebre a partir del cual se cuestionaría la consolidación “de un sistema cada vez más autoritario”.²³

Mítines relámpago

Una táctica más contenciosa adoptada por los estudiantes fue la organización de mítines relámpago: grupos de tres o cuatro estudiantes se juntaban en lugares como las bocacalles, las puertas de fábricas, los puestos de mercado y las escuelas. Esta actividad tenía que necesariamente limitarse a “pequeños grupos” que actuaran “de una manera rápida” porque, tal como notaba uno de los líderes,

22 “La mujer mexicana ante las inquietudes de la juventud: llamado a la cordura”, *El Universal*, 4 de junio de 1956. El énfasis en cursivas es mío.

23 Óscar González López, entrevista con el autor.

los “«gorilas» siempre nos estaban pisando los talones”.²⁴ La táctica de los mítines relámpago, tal como quedaría claro a lo largo de los años sesenta, era particularmente efectiva para recaudar fondos para el movimiento, crear coaliciones con otros sectores sociales y distribuir propaganda política.²⁵

Entre otras funciones, los mítines relámpago se podían organizar para denunciar “las acusaciones falsas hechas en contra de los estudiantes por parte de los periódicos mercenarios” que, según los estudiantes, “se habían vendido al imperialismo yanqui”.²⁶ En una ilustración publicada en un manifiesto estudiantil se explicaba que “era necesario” organizar estos mítines para difundir posiciones que de otro modo serían marginalizadas por la dificultad de acceder a otras vías de comunicación con la sociedad.²⁷ Los periódicos principales y las estaciones de radio censuraban la voz del estudiantado en connivencia con la Secretaría de Educación Pública. Los estudiantes argumentaban que los medios y el gobierno se habían unido para generar una “campana de mentiras contra ellos” y que era necesario contradecir tales “linchamientos públicos”.²⁸

Ocupación de edificios y grupos de autodefensa

Para algunos estudiantes radicales, la acción directa incluía la toma de vehículos, la ocupación de edificios, e incluso la posibilidad de la violencia física contra quienes se opusieran al movimiento. Al principio esto comenzó con el secuestro de vehículos de transporte escolar, pero cuando el gobierno se mostró reacio a realizar concesiones la lucha se radicalizó y un grupo de estudiantes comenzó a

24 Nicandro Mendoza, entrevista con el autor. En este caso, *gorilas* es utilizado en referencia a un grupo específico de seudoestudiantes que fueron utilizados por parte de las autoridades como provocadores.

25 *Ibid.*, y ADFS, “IPN”, exp. 63-3-1956, L-2, H-253-255.

26 Nicandro Mendoza, entrevista con el autor; ADFS, “IPN”, exp. 63-3-1956, L-2, H-253-255 y L-3, H-1.

27 Anónimo, “Represión estudiantil”, en Manuel Marcué Pardiñas *et al.*, *op. cit.*, 1956, p. 53.

28 *Idem.*

ejercer presión a través de la toma de edificios. Una vez realizada la ocupación, los politécnicos organizaban “guardias de auto-defensa” para proteger los “territorios liberados”.²⁹

Los primeros edificios en ser tomados fueron las escuelas, en especial las aulas, cafeterías, dormitorios y las oficinas administrativas. Luego se organizaron las guardias de autodefensa para impedir que “estudiantes traidores” y “esquiroles” financiados por las autoridades escolares y gubernamentales removieran las pancartas rojas y negras. Fue entonces que el levantamiento cobró un carácter más militante. El 27 de abril de 1956 la DFS reportaba que en

la mañana [un grupo de individuos], que no estaban de acuerdo con la huelga [...] , se dedic[ó] a fijar en las paredes en contra de dicho movimiento. Al darse cuenta el Comité de Huelga [...] el Secretario de la F.N.E.T, MARIANO MOLINA RODRÍGUEZ, [...] envió una *brigada de choque* [para] golpear a los estudiantes.

Según otros documentos de la DFS y reportes de la prensa, quienes no simpatizaban con la huelga eran retratados por el activismo estudiantil como “agentes del imperialismo” y, consecuentemente, eran atacados violentamente por las guardias.³⁰

El recurso a la violencia por parte de una minoría de activistas resultó ser un arma de doble filo para el movimiento. Por un lado el estudiantado obtuvo un pequeño número de victorias que se manifestó en la liberación temporal de algunos espacios que pasaban a ser tribunas públicas del movimiento desde donde se podía hacer propaganda a la huelga. Sin embargo, la confrontación violenta afectó negativamente la imagen pública del movimiento. Mucha gente no veía la razón por la cual el estudiantado politécnico se embarcaba en una confrontación pública con la autoridad gubernamental. Tenía que haber algo “clínicamente problemático” con los “psicoestudiantes,” decía el periódico *Excelsior* en una de las dramatizaciones satíricas del caricaturista Freyre. Poniendo en evidencia la brecha

29 Nicandro Mendoza y Jorge *El Oso* Ocegüera, entrevistas con el autor.

30 ADFS, “FNET”, exp. 63-3-1956, L-3, H-129.

generacional, Freyre sarcásticamente argumentaba que ni los doctores podían “diagnosticar” a la juventud politécnica.³¹

La brecha generacional estaba presente aun en la relación entre estudiantes y cardenistas, ya que los últimos pensaban que la juventud del IPN no era capaz de apreciar aquello que la Revolución les “había dejado como legado”. Unos pocos días luego de que estallara la huelga estudiantil, por ejemplo, un número de enconados comentaristas comenzó a realizar observaciones paternalistas que destacaban la “falta de respeto a las autoridades” por parte de “estudiantes malagradecidos”. Se sacaron a relucir los subsidios que recibían del gobierno los estudiantes politécnicos. Un reportero sostuvo que el movimiento de 1956 no era otra cosa más que un capricho por parte de unos “pequeños bribones que no supieron corresponder a lo que recibían del pueblo”.³² Otras noticias mantenían un tono similar:

Mientras haya niños que vayan a las escuelas sin desayunar, [...] insuficientes escuelas para la población de estudiantes [y] cientos de miles de niños de familias rurales sin acceso a las necesidades básicas más elementales, el Gobierno no puede adoptar como sus hijos a unos pocos estudiantes rebeldes con pretensiones de comer, vestirse y ser pagados como si fueran hijos de “pequeños burgueses” y no adolescentes y jóvenes que deben construir una “patria nueva” con esfuerzo y sacrificio.³³

“¿Qué puede esperar México de [esta] generación”, la página editorial de *Excélsior* lamentaba, “inclinada a las subversiones y a la anarquía?”³⁴

Un autoproclamado veterano de la Revolución que también era líder progresista de varias huelgas obreras llegó incluso a preguntarse si la juventud mexicana podía ejercer el derecho de huelga del

31 Freyre, “Psicoestudiantes”, *Excélsior*, 15 de junio de 1956.

32 “Educación: cierre del internado del IPN”, en *Tiempo*, 1° de octubre de 1956, p. 4.

33 DSDW, M-IA, Desp. 1248, 11 de mayo de 1956. El énfasis en cursivas es mío. Véase también “El dinero del pueblo”, *Excélsior*, 21 de abril de 1956.

34 “Crisis en la juventud”, *Excélsior*, 29 de abril de 1956.

mismo modo que las personas adultas de clase obrera. En una carta al “Señor Presidente”, este líder, que se presentaba “como representante de la clase obrera”, argumentaba que

Jamás trataré de frenar o desvirtuar el entusiasmo y aspiraciones justas de la juventud, especialmente de los estudiantes [...] porque considero, que tienen perfecto derecho a aspirar a una vida mejor [...] pero [también creo que] es necesario que las autoridades aclaren y definan en una forma legal [si los estudiantes también gozan de] EL DERECHO DE HUELGA QUE TIENEN LOS TRABAJADORES, CONSAGRADO EN EL ARTICULO 123 DE LA CONSTITUCIÓN.

Y de manera más concertante, añadía:

El Gobierno debe buscar la forma legal de que termine dicha huelga, que está perjudicando gravemente a los [verdaderos] estudiantes y a sus padres [Las autoridades del] Gobierno [no pueden estar] solapando inmoralidades [...] deben [ordenarle] al Procurador de Justicia del Distrito Federal que efectúe una minuciosa investigación en el Politécnico [para aplicar] enérgicamente las sanciones que [sean necesarias].³⁵

Las protestas contra el carácter “crecientemente violento” y “desagradecido” del movimiento politécnico constituían un bombardeo ideológico diario de los periódicos, pero la indignación pública se incrementó cuando el apoyo que el Partido Popular (PP) ofrecía al estudiantado politécnico se hizo evidente tras el uso de la imagen del líder estudiantil Nicandro Mendoza.

35 Carta de Guillermo Rodríguez G. al presidente don Adolfo Ruiz Cortines, 17 de abril de 1956, en Archivo General de la Nación, Fondo Reservado, Adolfo Ruiz Cortines (en adelante FARC), vol. 11, exp. 111/404. El énfasis en mayúsculas es del documento original.

El apoyo del Partido Popular y las reacciones de la opinión pública

El vocero principal del movimiento estudiantil de 1956 fue el presidente de la FNET, Nicandro Mendoza, un reconocido líder estudiantil cuya afiliación con el PP devino el tema central de discusión en las páginas de los periódicos. Para el estudiantado, la filiación política de Mendoza era una prueba del carácter genuinamente democrático del movimiento.³⁶ Señalaban que la lucha estaba abierta tanto para quienes fueran miembros del PP como para activistas de las filas del PRI, el Partido Comunista Mexicano (PCM), el Partido Obrero Campesino Mexicano (POCM) y el Partido de Acción Nacional (PAN). Los diarios y el gobierno, sin embargo, presentaban las cosas de otro modo. Para ellos Mendoza era la prueba más contundente de que la protesta estudiantil había sido organizada por “manos extrañas”, que tenían la esperanza de desestabilizar la nación para generar una chispa que hiciera estallar la “revolución marxista”. Con la guerra fría como telón de fondo, los medios insistieron en representar sistemáticamente a los estudiantes como “peones del Partido Comunista Internacional”.³⁷

La insistencia de las tiras cómicas políticas acerca del peligro “rojo” fue particularmente efectiva. En uno de los tantos comentarios ilustrados que representaron la lucha estudiantil, el dibujante Arias Bernal, del diario *Excélsior*, retrató a los politécnicos como “títeres amenazadores del Partido Internacional Comunista”.³⁸ Contradictoriamente con la noción de “títere”, no obstante, el dibujante prevenía a su audiencia sosteniendo que los “burros blancos” (nombre dado a los politécnicos por la mascota del IPN) constituían una amenaza por sí mismos. Este tipo de comentarios hicieron que los politécnicos dejaran de ser meros “hijos ingratos de la Revolu-

36 *Tiempo*, 14 de mayo de 1956, p.4.

37 “Apoya abiertamente la Huelga del «Poli» el Partido Comunista”, en *Excélsior*, 14 de abril de 1956; “Comunistas y pepistas quieren aprovechar el desfile para agitar en pro del Politécnico”, en *Excélsior*, 30 de abril de 1956; y Humero Núñez, “Hay que erradicar el comunismo de nuestras instituciones docentes”, en *Excélsior*, 3 de mayo de 1956.

38 Arias Bernal, “Sin comentarios”, en *Excélsior*, 14 de abril de 1956.

ción” y que se convirtieran en “agentes peligrosos de las fuerzas antipatrióticas”. Dentro del conjunto de estudiantes politécnicos las representaciones negativas elegían como blanco a los “fósiles”, como en el caso del títere soviético “Nicandovich Mendoza”, nombre con el que uno de los reporteros eligió llamarlo.³⁹ A través de la construcción de este “ambiente peligroso” se aconsejaba a los padres que no permitieran a sus hijos involucrarse con demagogos foráneos infiltrados en la educación. Otra tira política del famoso dibujante Freyre, por ejemplo, presentaba a Mendoza como un peligroso comunista al acecho que se aprovechaba de la inocencia de la juventud.⁴⁰

Los dibujantes políticos y los periodistas no eran los únicos preocupados por la influencia comunista en el IPN. Esta inquietud también era compartida por investigadores estadounidenses que escribieron sobre la protesta estudiantil y por influyentes autoridades de ese país en México, quienes temían el apoyo que los miembros del PP daban al “radicalismo estudiantil”. En su libro *Communism in Mexico*, Karl Schmitt escribió: “en medio de una apuesta por el incremento del poder que incluía el control del director del Instituto, los líderes del PPS y del FNET condujeron la organización en una serie de revueltas y huelgas que plagaron la ciudad de México de abril a octubre de 1956”.⁴¹ Aún más reveladora era la caracterización del primer secretario John M. Cates Jr. en su reporte mensual al Departamento de Estado norteamericano. Según el secretario, el movimiento estudiantil mexicano de 1956 constituía “la amenaza más seria que México tuviera a la seguridad nacional [...] en años”. Parte del problema, señalaba Cates, era que la FNET estaba “dominada por marxistas” tales como Nicandro Mendoza y otros “individuos de los estratos bajos de México [quienes se habían] impuesto por sí mismos sobre los estudiantes por medio de la violencia y el terrorismo”.

39 DSDW, M-IA, Desp. 1310, 25 de mayo de 1956; “Politécnicos y normalistas, sin darse cuenta... están utilizados por el Partido Comunista”, en *La Nación*, 10 de mayo de 1956; DSDW, M-IA, Desp. 1248, 5 de noviembre de 1956, y Rodrigo García Treviño, “Lecciones de la huelga estudiantil”, en *Excélsior*, 27 de abril de 1956.

40 Freyre, “Regreso a clases”, en *Excélsior*, 28 de mayo de 1956.

41 Karl M. Schmitt, *Communism in Mexico: A study in political frustration*, 1965, p. 153.

Más peligroso, agregaba Cates, era el hecho de que “cada huelga llevada a cabo por la Federación había resultado en la acumulación de cada vez más poder”. Finalmente, concluía el reporte, “está por verse si el gobierno [mexicano] aprovechará o no el favorable clima de la opinión pública, si tendrá el coraje político para despejar [...] el último rebrote comunista en México”.⁴²

Un llamado a la acción

Otros representantes políticos ajenos al PRI hicieron eco de las opiniones que Schmitt había presentado en su libro y Cates en su reporte. Fue así que no dudaron en desaprobare públicamente a los “peligrosos” politécnicos. Estos políticos fueron incluso más lejos que otros críticos de los estudiantes y pidieron que se castigara al estudiantado politécnico por sus “acciones antipatrióticas”. Los partidarios del PAN, por ejemplo, le pedían al gobierno que actuara “más vigorosamente y que no haga como el avestruz que esconde su cabeza en la arena”. Siguiendo la misma tónica, los representantes del más conservador Partido Nacionalista Mexicano (PNM) urgían al gobierno para que tomara “medidas drásticas, tales como la expulsión de líderes de la huelga y «fósiles», o estudiantes que aparentemente veían las recompensas a las que podían acceder permaneciendo en el Politécnico por años como algo más atractivo que el trabajo honesto”.⁴³

La opinión pública también demandaba al gobierno una actitud más autoritaria para disciplinar “a los cada vez más peligrosos estudiantes”. Lo que la nación necesitaba en este tiempo de “crisis de autoridad” señalaba un editorialista, era una ley constitucional más estricta que hablara directamente acerca de las “obligaciones” del mismo modo que de los “*derechos constitucionales*”.⁴⁴ Un coro

42 DSDW, M-IA, “Comments on the Polytechnic Institute Strike”, de John M. Cates Jr., Primer Secretario, Desp. 1406, 27 de junio de 1956.

43 DSDW, M-IA, Desp. 1204, 27 de abril de 1956, y “Crisis de la autoridad”, en *La Nación*, 18 de junio de 1956.

44 “Educación: Cierre del internado del IPN”, en *Tiempo*, 1° de octubre de 1956, p. 5. El énfasis

diverso de independientes enfurecidos por los actos de vandalismo y las banderas rojas y negras que colgaban de las entradas de todos los edificios del IPN también imploraban al presidente para que “disciplinara” a “los rojillos demagogos”. En algunos casos se agregaba “con fuerza si es necesario” si es que los estudiantes continuaran “desobedeciendo las ordenes de las autoridades”.⁴⁵ En una carta enviada al presidente Adolfo Ruiz Cortines y al secretario de Educación Pública, José Ángel Ceniceros, un ciudadano común cansado de los “delincuentes” explicaba que

ya es tiempo que pongan un hasta aquí a los Estudiantes del Politécnico [...] Estos bribones, flojos, pillos y holgazanes creen que el pobre pueblo [...] está contribuyendo para que estos sinvergüenzas se eduquen [y] que el dinero lo recogemos con una escoba para que estos mitoteros lo estén despilfarrando en su actitud vagabunda.

Y en tono más violento agregaba: “Hagan ustedes Sr. Presidente y Sr. Srio. de Educación lo que en otros países, cerrar los colegios y despachar a estos zánganos a que trabajen las tierras para que sepan cómo se suda para ganar el dinero [...] debe imponérseles el castigo [que se merecen] con toda energía”.⁴⁶

Para un número creciente de “ciudadanos preocupados”, sin embargo, el clamor público dirigido al presidente no bastaba para solucionar el problema estudiantil. Mucha gente argumentaba que la actitud política “indecente” y “extraña” que el estudiantado desplegaba en público estaba ya “fuera de control”, por lo cual era necesario que varios sectores sociales se hicieran cargo por su cuenta formando grupos parapoliciales.⁴⁷ El 15 de junio *El Universal* “Pi-

en cursivas es mío.

45 Éstos y similares comentarios se pueden encontrar en numerosos reportajes de *Excélsior* y de *El Universal*.

46 Carta de Joel Ibarra dirigida al presidente Adolfo Ruiz Cortines y el secretario de Educación Pública, José Ángel Ceniceros, 10 de mayo de 1956, en FARC, vol. 11, exp. 111/404.

47 “La verdad sobre la huelga del «Poli»”, en *Excélsior*, 19 de abril de 1956; “Crisis en la juventud”, en *Excélsior*, 20 de abril de 1956; “Hay que erradicar el comunismo de nuestras instituciones docentes”, en *Excélsior*, 3 de mayo de 1956, y “¿Una conspiración roja?”, en *Excélsior*, 8 de mayo de 1956.

dió que se tomara en serio la formación de grupos parapoliciales de ciudadanos que protegieran a la ciudad de la ira estudiantil”.⁴⁸ Este tipo de llamados a la acción implícitamente acusaban al gobierno de haber sido demasiado blando con los “revoltosos” y por eso los ciudadanos comunes debían confrontar al estudiantado de manera directa a fin de “restablecer el orden”.⁴⁹ Este tipo de violencia por cuenta propia dirigida contra los estudiantes no tardó en pasar del discurso a la acción. Ese mismo mes varios grupos de estudiantes fueron echados de mercados locales y de las puertas de fábricas cuando intentaban organizar mítines relámpago. En uno de los casos un periodista explicó que los “propietarios de puestos en el mercado de La Merced hacían llover una variedad de vegetales en estado de descomposición sobre el estudiantado obligando a que se retiraran”.⁵⁰ Algunos dueños de fábrica llegaron incluso a decir que no emplearían ya más graduados del IPN porque habían probado que “no eran más que agitadores políticos”.⁵¹ Por otro lado el gobierno y un número de autoridades responderían al “problema estudiantil” más duramente recurriendo tanto a medios legales como también a mecanismos extralegales de control y mediación. Éste es el tema de nuestra próxima sección.

REACCIONES A LA PROTESTA ESTUDIANTIL DE 1956

El 21 de junio de 1956 el estudiantado del IPN retornó a sus estudios luego de una huelga de 72 días de duración que fue “oficialmente” suspendida por tiempo indefinido. El fin de la protesta estudiantil

48 DSDW, M-IA, “Political developments in Mexico during June 1956”, Desp. 28, 10 de julio de 1956. El énfasis en cursivas es mío.

49 “¿Hay huelga en el Poli?”, en *Excélsior*, 17 de mayo de 1956; Bernardo J. Gastelum, “Nuestra más alta Escuela Técnica”, en *Excélsior*, 21 de mayo de 1956; “Ya es demasiada tolerancia”, en *Excélsior*, 29 de mayo de 1956; y J. Rodolfo Lozada, “Nuestro deber ante el conflicto estudiantil”, en *Excélsior*, 6 de junio de 1956.

50 DSDW, M-I, Desp. 1281, 19 de mayo de 1956.

51 DSDW, M-IA, “Political Developments in Mexico during June 1956”, Desp. 28, 10 de julio de 1956.

de 1956 siguió un patrón común a las protestas que se habían dado en el pasado. En este caso los representantes de la FNET se reunieron con las autoridades gubernamentales para negociar un acuerdo. Se consensuaron los siguientes puntos que fueron hechos públicos por el presidente Ruiz Cortines:

1. El proyecto de la Ley Orgánica del IPN se enviará al Congreso de la Unión para que sea discutido en el próximo periodo de sesiones.
2. Se continuará las construcciones ya iniciadas y se emprenderán otras para lo cual el gobierno federal destinará \$10 millones durante el presente año y \$20 millones en el de 1957.
3. Una comisión mixta presidida por el director del IPN, en la que participarán maestros y alumnos, estudiará el problema de la reestructuración del Politécnico en su aspecto técnico y docente.
4. Otra comisión, integrada en la misma forma que la anterior, emprenderá el estudio de los aspectos asistenciales del Instituto.⁵²

En esta declaración estaba ausente toda discusión acerca de uno de los directivos cuestionados por la protesta estudiantil. Uno de los reclamos más importantes del pliego petitorio de 1956 demandaba la inmediata expulsión de Hernández Corso del IPN. De hecho, esta cuestión resultaba tan sensible para el estudiantado que Corso temió por su seguridad y prefirió no volver a aparecer por el Politécnico nunca más. Primero intentó manejar la institución desde una oficina afuera de la escuela, pero incluso esta opción terminó siendo inviable. Cuando las demostraciones estudiantiles y los mítines relámpago se multiplicaron a lo largo de toda la ciudad las autoridades de la SEP le exigieron a Corso que se fuera. Su renuncia se hizo efectiva el 20 de agosto de 1956 y fue remplazado por Alejo Peralta. Los politécnicos no tardarían en notar que la nueva dirección era aún más autoritaria de lo que había sido bajo la conducción de Hernández Corso.

52 Manuel Marcué Pardiñas *et al.*, *op. cit.*, p. 46.

El “problema” del internado y la promoción de la violencia estudiantil

Como hombre de negocios adinerado, Alejo Peralta creía que todos los problemas del IPN podían ser resueltos si la institución era manejada “como una empresa privada”. Con este fin, Peralta sostuvo que debían instaurarse una serie de “objetivos pragmáticos” que incluían un completo y detallado plan “apolítico” para el futuro del IPN. Bajo el nuevo directivo se privilegió una respuesta represiva a los “revoltosos” que habían fomentado el “desorden y la falta de disciplina” en la institución desde los años cuarenta.⁵³ Peralta llegó incluso a proponer que era necesario desarrollar una relación más cercana con las autoridades policiales, aunque al mismo tiempo acusaba a éstas de haber sido demasiado tolerantes con los “fósiles” y los “rojos”.⁵⁴

Paralelamente a la designación de Peralta, el jefe del Departamento de Policía, Miguel Molinar, inició una campaña más dura contra la rebelión estudiantil. Para entonces las autoridades lamentaban que “el activismo cada vez más delincuente de los estudiantes” se había expandido a otras escuelas del país, incluyendo un número de preparatorias en la ciudad de México e incluso otras universidades de provincia. En el marco de una creciente polarización quienes se oponían a las demandas estudiantiles exigían que “se les tenía que poner un hasta aquí”.⁵⁵ Al igual que el estudiantado politécnico estos estudiantes también habían comenzado a cuestionar sus respectivas autoridades a través de la confrontación violenta.

53 Antes del movimiento de 1956 se dieron dos importantes huelgas estudiantiles en el Politécnico, una en 1942 y otra en 1950. Ambas se distinguieron por su política cardenista en defensa de la educación popular que a partir de 1940 comenzó a perder apoyo por parte del Estado. Véase IPN, *op. cit.*, 1988, y Jaime Pensado, *Rebel Mexico. Student unrest and authoritarian culture during the long sixties*, cap. 1.

54 *Zócalo*, 27 de agosto de 1956.

55 “Peralta ve fácil lo del Politécnico”, en *Excélsior*, 25 de agosto de 1956. “Para evitar más derramamiento de sangre”, las preparatorias núms. 2 y 5 también fueron cerradas. Véase DSDW, M-IA, Desp. 116, 3 de agosto de 1956; “«Prep» students riot in Mexico”, en *The Washington Post*, 22 de agosto de 1956. En provincia, el caso más paradigmático se puede encontrar en la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. Véase, por ejemplo, el excelente artículo de Antonio Gómez Nashiki, “El movimiento y la violencia institucional. La Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1956-1966”, 2007, pp. 1179-1208.

Una de las protestas estudiantiles más violentas tuvo lugar el 14 de agosto de 1956, cuando un grupo de estudiantes politécnicos ocupó dos hoteles en respuesta a una decisión de la SEP que, cuatro días antes, había anunciado la inmediata suspensión de toda la asistencia a los estudiantes del internado. Una vez en control de los edificios los estudiantes descontentos declararon que no iban a dejar los hoteles hasta que las autoridades del IPN no garantizaran vivienda y servicios sociales a todos los estudiantes de la provincia que conformaban el internado.⁵⁶ Las autoridades de la SEP y del IPN, en especial Peralta, sostenían que el recorte de gastos de residencia era un paso “necesario” para proteger a los “estudiantes reales” de “fósiles” y de quienes desde 1950 se habían instalado en el internado con el exclusivo propósito de llevar a cabo una “agitación política”.⁵⁷

La distinción entre “estudiantes auténticos” y “fósiles” tuvo un fuerte impacto en el seno mismo del internado porque un creciente número de jóvenes de provincia, recién llegados a la ciudad, carecía de apoyo para afrontar los gastos de alojamiento. Dada la falta de apoyo oficial, estos estudiantes ocuparon físicamente el internado haciéndolo su hogar. Tal medida pronto resultó insuficiente y cuando el hacinamiento resultó excesivo los estudiantes comenzaron a ocupar espacios aledaños donde pudieran pasar la noche. Esto incrementó la tensión entre quienes residían en el internado y aquellos para quienes no había espacio. La ocupación temporal de espacios para dormir adquirió tal extensión que los estudiantes que la practicaban comenzaron a ser identificados con un nuevo apodo: *gaviotas*. La visibilidad de la ocupación era evidente, los estudiantes se desperdigaban por las aulas vacías y bajo las estradas del estadio donde podían pasar la noche. A la mañana se podía ver al mismo grupo esperando a que las cafeterías abrieran sus puertas y compartieran los pocos alimentos que habían dejado quienes habitaban el internado. Las *gaviotas* no siempre eran bienvenidas por el resto del estudiantado, al punto de que algunos expresaban su descontento “con los modales tan pobres que estos estudiantes habían traído de

56 ADFS, “FNET”, exp. 63-3-1956, L-6, H-50.

57 “Contra los falsos estudiantes”, en *Excelsior*, 27 de agosto de 1956.

provincia”. Cuando la tensión entre las *gaviotas* y los “internos” llegaba al punto de ebullición se armaban “muy violentos zafarranchos”. En febrero de 1956, por ejemplo, un agente de la DFS notaba que un gran número de *gaviotas* había saqueado “la bodega del Internado del Politécnico, robándose varios objetos [...] y golpeando algunos estudiantes”.⁵⁸

Los medios explotaron el prejuicio contra las *gaviotas* para pedir el cierre del internado. Desde su punto de vista el internado creaba demasiados problemas y su cierre acabaría con los problemas políticos y sociales del Politécnico. Para la prensa las *gaviotas* representaban lo peor del estudiantado: eran “holgazanes” y “revoltosos,” y muchos diarios sostenían que eran responsables por haber “corrompido a nuestros jóvenes estudiantes” con sus malas maneras de provincia. Un periodista de *El Tiempo* responsabilizaba a las *gaviotas* por el “caos” y los “vicios sociales” que plagaban al IPN. La lista de comportamientos indebidos que exhibía la prensa era larga: acusaban a esos estudiantes de beber “licores en gran cantidad”, organizar “constantes francachelas”, “portar armas ilegales”, “practicar apuestas en los juegos”, “hacer uso de mujeres públicas”, y ejercer el “homosexualismo”. Para la prensa este tipo de comportamientos era común en este “foco de prostitución”, palabras con las que referían al internado.⁵⁹ Tanta corrupción amenazaba la inocencia del verdadero estudiantado politécnico.

La nueva dirección del IPN y la policía compartían opiniones similares acerca de las *gaviotas*. Desde el punto de vista de estas autoridades no cabía duda de que aquéllas eran quienes estaban detrás de la ocupación ilegal de los dos hoteles. Con todo, tanto Peralta como Molina sospechaban que todos los politécnicos simpatizaban con su causa. La “absurda” protesta estudiantil debía ser castigada. En alianza con la prensa estas dos figuras sostuvieron que los estudiantes eran “enemigos de la nación” de acuerdo con los esta-

58 ADFS, “IPN”, exp. 63-3-54, L-1, H-17, 8 de abril de 1956; Jorge *El Oso* Ocegüera, entrevista con el autor, y ADFS, “IPN”, exp. 63-3-956, L-2, H-170.

59 “Educación: Cierre del internado del IPN”, en *Tiempo*, 1° de octubre de 1956, p. 4.

tutos más rigurosos de la ley.⁶⁰ Por eso, Molinar dio instrucciones específicas al “batallón motorizado, al [nuevo cuerpo] de granaderos y a [miembros] del servicio secreto” para que pusieran “un alto [definitivo] a los desmanes de los alumnos del Instituto Politécnico Nacional” arrestando “a todos los subversivos” que se negaran “a cooperar” con las autoridades. Estas órdenes fueron dadas luego de consultar con Peralta una semana después de que éste asumiera el cargo el 22 de agosto. Luego de dar estas órdenes, Molinar apostó las “guardias” en las áreas aledañas a todas las escuelas del IPN hasta que “el orden fuera restaurado”.⁶¹

Empero, quienes eran partidarios de frenar el “caos” en el IPN no se contentaron con esperar pacientemente a que las autoridades policiales disciplinaran a los “elementos subversivos”. La desclasificación de documentos de la DFS revela que muchas figuras influyentes en varias posiciones de poder financiaron varios actos de violencia sistemáticos, al igual que todo tipo de provocaciones, contra el estudiantado. El objeto de tal estrategia, que se repetiría luego en la década de 1960, era desacreditar al activismo estudiantil favoreciendo las respuestas políticas más agresivas que a su vez pondrían presión para que el gobierno se impusiera por la fuerza sobre los “revoltosos”.⁶²

Para que esta estrategia fuera exitosa la violencia debía quedar claramente asociada con el estudiantado politécnico. Un activista estudiantil explicaba esta nueva forma de “tratar” con la emergencia del “problema estudiantil” mediante el uso de agitadores:

60 ADFS, “FNET”, exp. 63-3-1956, L-6, H-50, y Ortega, “Futurismos: historia de un fracaso”, en *El Universal*, 7 de junio de 1956.

61 “Se ordena a la policía detener a los estudiantes depredadores. Desde hoy arrestarán a los que cometan delitos”, en *Excélsior*, 22 de agosto de 1956, y “Peralta ve fácil lo del Politécnico”, en *Excélsior*, 25 de agosto de 1956. El cuerpo de granaderos fue creado en 1950 con el apoyo del jefe de la policía de la ciudad de México, Othón León Lobato y el entrenamiento del coronel estadounidense Rex Applegate. Véase Jaime Pensado, *Rebel Mexico. Student...*, pp. 39-40.

62 Los estudiantes estaban perfectamente conscientes de estas estrategias utilizadas por las autoridades. Véase, por ejemplo, “¡No ceder, Poli! La agresión a los internos, primer paso del programa del gobierno contra el Instituto Politécnico”, en *Fuerza de la ESIME*, núm. 3, sin fecha, en FR-IS-MSP, vol. 26.

[Las autoridades llegaron] al extremo de organizar *porras pseudo-estudiantiles* para que cometiesen desórdenes, atracos y toda clase de desmanes en la vía pública, en los cines y en el pequeño comercio, con el propósito de provocar animosidad en el pueblo en contra de los huelguistas del Instituto Politécnico Nacional a quienes se atribuían luego esos atentados.⁶³

Aparentemente esto es lo que ocurrió el 23 de agosto de 1956 cuando los diarios informaron que un grupo de “estudiantes” que portaban indumentaria del IPN habían destrozado el cine Variedades.⁶⁴

Una mirada atenta a la perspectiva estudiantil revela que estos “revoltosos” no tenían nada que ver con el activismo. Luego del destrozo del cine Variedades, por ejemplo, un grupo de activistas escribió la siguiente declaración en un pizarrón afuera de la escuela más grande del IPN para que fuera leída por todos los que pasaban:

Pueblo de México: Los estudiantes del Politécnico no somos capaces de agredir al pueblo, porque de él provenimos. Son los enemigos de la educación popular los que calumnian a nuestro glorioso IPN por medio de artimañas nefastas y diabólicas, teniendo a sueldo a bandas de asaltantes, vagos y fósiles de las escuelas para que causen desórdenes en distintos rumbos de la ciudad portando para ello sweters con nuestros colores, blanco y guinda.⁶⁵

Aun así, debe notarse que no todos los agentes provocadores estaban siempre prolijamente vestidos con la indumentaria del IPN. Junto con los pseudoestudiantes en uniforme, preparados para la prensa, estaba un grupo de “pistoleros” profesionales pagados para intimidar al activismo estudiantil. El 12 de abril de 1956, por ejemplo, “un grupo de maleantes [...] trató de apoderarse del Comité de Huel-

63 Estudiante anónimo, citado en Manuel Marcué Pardiñas *et al.*, *op. cit.*, p. 43. “Porra” es utilizado aquí en referencia a un grupo de provocadores. El énfasis en cursivas es mío.

64 “Los estudiantes retan a la policía”, en *Excélsior*, 24 de agosto de 1956.

65 Citado en Manuel Marcué Pardiñas *et al.*, *op. cit.*, p. 43.

ga por la fuerza”. Estos personajes habían “llegado en diez carros de la policía secreta”, lo cual hacía que los estudiantes no tuvieran la menor duda respecto de quién estaba detrás de la provocación.⁶⁶

Para amedrentar a líderes estudiantiles y posibles activistas las autoridades también confiaron en grupos de pistoleros conocidos como *gorilas* que adquirieron una triste fama por el nivel de violencia al que recurrían. Entre estos pistoleros estaban por ejemplo Castillo Mota, Horacio Oliva, los hermanos Gama del equipo de fútbol americano de los Pumas y los líderes del mismo equipo, Leopoldo y Mario Basurto. Ésa y otra gente también había ofrecido sus servicios a las autoridades universitarias de otras escuelas donde también estuvo cerca de estallar la protesta estudiantil.⁶⁷

No sólo se contrataron personas ajenas al estudiantado para detener la protesta, sino que las autoridades incluso recurrieron a estudiantes que habían “adquirido fama dentro de las escuelas a través de los puños” así como también a agitadores que aceptaran ser cooptados por determinada suma de dinero. Este grupo incluía a las “*gaviotas* desesperadas” que aprovecharon estas oportunidades para mejorar su situación económica y social en el IPN. También hubo “vendidos” de organizaciones estudiantiles de izquierda que recurrían a la violencia con la aparente justificación del activismo pero con el objeto real de avanzar en una carrera política oculta.⁶⁸ Aparentemente esto es lo que ocurrió el 20 de julio de 1956 cuando un grupo de diez simpatizantes de Baudelio Alegría atacó violentamente a Nicandro Mendoza.⁶⁹ Un documento de la DFS, preparado por su director, el coronel Leandro Castillo Venegas, asevera que Alegría era un miembro importante de la Confederación de Jóvenes Mexicanos (CJM), una organización creada a finales de la década de 1930 como parte de la estructura corporativista que en aquel momento intentó nuclear diferentes sectores sociales en organizacio-

66 “Sangrientas refriegas entre estudiantes del Politécnico y policías, a resultas de la huelga”, en *Excélsior*, 13 de abril de 1956.

67 Jorge *El Oso* Ocegüera y Óscar González López, entrevistas con el autor.

68 *Idem*.

69 ADFS, “IPN”, exp. 63-3-1956, L-5, H-265, 23 de julio de 1956.

nes ligadas al Estado revolucionario. La información del escrito de Castillo Venegas brinda elementos clave sobre los posibles responsables del atentado a Mendoza. De acuerdo con éste, Alegría recibió el apoyo de Jorge Arteaga, de las Juventudes Socialistas, financiadas por Jorge Prieto Laurens, el presidente del Frente Anticomunista Mexicano. Tal parece que Prieto habría intentado tomar control de la FNET para expulsar a todos los estudiantes simpatizantes del comunismo de todas las posiciones de poder dentro del IPN.⁷⁰

Otros grupos involucrados en el intento de expulsar a Nicandro Mendoza de su liderazgo en el FNET incluían al de Antonio Pastрана Flores y el de Mariano Molina. El primero tenía el apoyo de Hernández Corso, cuyas razones para manipular la violencia estudiantil en detrimento de Mendoza eran probablemente de carácter personal. El segundo había comenzado a distanciarse de Mendoza para promover la candidatura de Molina, el secretario del FNET que quería ser elegido presidente de esa organización en la próxima votación. El material de archivo de la DFS revela que Molina de hecho recibía apoyo financiero de Rafael Estrada Villa, quien pertenecía a las Juventudes Populares (afiliadas al PP).⁷¹

No debería pensarse que el financiamiento de estas actividades parapoliciales, que tenían por objeto promover la violencia y desacreditar al estudiantado, fue llevado a cabo sólo por partidarios del PRI, tal como la mayor parte del activismo y sus simpatizantes sostuvieron en repetidas ocasiones. El PRI ciertamente tuvo un papel clave en este sentido, pero es necesario precisar qué grupo en particular dentro del partido promovió la violencia en contra de los estudiantes. Por otro lado, atribuir el conjunto de la manipulación encubierta al PRI no permite ver la multiplicidad de posiciones ideológicas, de izquierda a derecha, que coexistieron en el seno mismo de este partido.⁷²

70 ADFS, "FNET", exp. 63-3-1956, L-6, H-29, 10 de agosto de 1956.

71 ADFS, "FNET", exp. 63-3-1956, L-6, H-50, 16 de agosto de 1956; ADFS, "IPN", exp. 63-3-1956, L-6, H-55, 18 de agosto de 1956.

72 Muchas de las luchas estudiantiles que se dieron a través de los sesenta, por ejemplo, fueron entre alemanistas (fieles al presidente Miguel Alemán), diazordistas (fieles al presidente Gustavo Díaz Ordaz), y echeverristas (fieles al presidente Luis Echeverría); todos importantes

Los documentos de la DFS puntualizan con precisión la responsabilidad de ciertos líderes dentro del PRI que siguieron la línea de azuzar al estudiantado para desprestigiarlo y enviar pistoleros y provocadores para intimidar y confundir. Una de las personas responsables señaladas en uno de los reportes fue Rodolfo González Guevara. Su contacto más importante en el IPN era Félix López Lizarra, quien estuvo detrás de los ataques a Nicandro Mendoza en 1956.⁷³ En ese momento González se desempeñaba como presidente del Comité Regional del PRI en el Distrito Federal, posición que ocupó hasta 1964. El peso de su influencia política se sintió en la Cámara de Diputados, institución que condujo en 1954. Para 1958 Rodolfo González Guevara se había convertido en un aliado cercano de Alfonso Corona del Rosal —futuro jefe del Departamento del Distrito Federal (DDF) durante la administración de Díaz Ordaz y líder político clave en la represión estudiantil de los sesenta—, y la relación entre ambos continuaría en los próximos años.⁷⁴

Las provocaciones encubiertas contra el estudiantado politécnico pretendían desalentar la participación en el activismo, intimidar a los líderes y amedrentar a los simpatizantes para que no se unieran a la lucha. Otro objetivo de estas provocaciones era erosionar la legitimidad de la protesta. Si tomamos en cuenta las reacciones de la opinión pública contra el estudiantado, referidas anteriormente, queda en claro que la provocación encubierta cumplió sus fines con éxito. Un número creciente de personas comenzó a demandar mano dura contra los estudiantes por parte del gobierno y cuando este último no adoptó tal actitud se instó a la creación de grupos parapoliciales que protegerían a la sociedad del “peligro” estudiantil. Los documentos sugieren, sin embargo, que el gobierno no fue el único interesado en generar

representantes del PRI pero con distintos planes políticos e ideologías. Véase, por ejemplo, Jaime Pensado, *Rebel Mexico. Student...*

73 ADFS, “FNET”, exp. 63-3-1956, L-6, H-50, 16 de agosto de 1956.

74 Roderic Ai Camp, *Mexican political biographies 1935-1993*, 1995, pp. 304-305. Para la participación de Alfonso Corona del Rosal en la represión estudiantil de los sesenta, véase Sánchez Gudiño, *Génesis, desarrollo, y consolidación de los grupos estudiantiles de choque en la UNAM, 1930-1990*, 2006; Jaime Pensado, *Rebel Mexico. Student...*; Jacinto Rodríguez Munguía, *1968: Todos los culpables*, 2008.

este clima. La reacción antiestudiantil provino de un amplio abanico de figuras que desde una procedencia ideológica múltiple se aprovechó de la situación y contribuyó a provocar al estudiantado. Como ya mencionamos, entre otros podemos enumerar a Jorge Prieto Laurens, de la FUA; el director del IPN, Hernández Corso; Rafael Estrada Villa, del PP, y Rodolfo González Guevara, del gobierno de la ciudad.

Con todo, cuando este nuevo artilugio de control encubierto falló en el contexto de una profunda crisis de la autoridad, el Estado no dudó en recurrir a medidas más autoritarias para poner fin a la protesta estudiantil. Fue así que las fuerzas armadas ocuparon el IPN, cerraron el internado y encarcelaron a activistas estudiantiles y a otras personas percibidas como problemáticas.

Operación P y el cierre del internado

El 23 de septiembre de 1956 el gobierno de Ruiz Cortines concluyó que la “amenaza” planteada por el estudiantado politécnico era de tal magnitud que justificaba la ocupación militar de las escuelas por parte de las fuerzas armadas. La intervención se conoció con el nombre de Operación P y fue liderada por el secretario de Defensa, Matías Ramos Santos. Un total de 1 800 soldados de los batallones de infantería octavo y vigésimo cuarto se sumó a 300 policías del cuerpo de granaderos y más de cien oficiales del Departamento de Policía Judicial. También hubo un número desconocido de agentes secretos de la DFS que participaron en esa batalla de la guerra fría que cayó sobre los estudiantes y cuya infiltración en las escuelas aumentaría a través de los sesenta. En colaboración con Peralta y Ramos Santos, un grupo de agentes de la DFS fue enviado a los sótanos de las escuelas de mayor importancia para desconectar los teléfonos y redes de electricidad. Se designó a otros agentes de la DFS para patrullar las áreas aledañas a las varias escuelas del IPN en coches de civil. El objetivo era mantener a los “revoltosos” bajo vigilancia “las 24 horas del día” hasta que el orden fuera restaurado en México.⁷⁵

75 *Últimas Noticias*, 24 de septiembre de 1956; “Cierre del Internado del IPN”, *Tiempo*, núm. 752,

Una vez que las escuelas del IPN fueron ocupadas efectivamente por soldados, se ordenó a los batallones que arrestaran a quien se negara a cooperar con las autoridades de la escuela o del gobierno. En caso de necesidad no debía dudarse en poner a los agitadores bajo custodia, incluso se les dejó en claro a los soldados que no tuvieran pruritos para usar las armas, incluyendo “bombas de gases lacrimógenos” y “sus garrotes” si la situación lo requiriera.⁷⁶

Resulta difícil estimar exactamente cuántas personas no registradas en el IPN como estudiantes vivían en el internado. El total de residentes era de 1500. De acuerdo con algunos documentos del Departamento de Estado (de los Estados Unidos), el número de *gaviotas* era de 300. El *Excélsior*, sin embargo, estimaba que eran “más de 400” y Alejo Peralta dijo que eran 204, diez de los cuales, según argumentó, “se habían encontrado en completo estado de ebriedad” durante la operación. En *Problemas de Latinoamérica*, los editores argumentaron que sólo “53 jóvenes disfrutaban indebidamente de los servicios asistenciales”. *El Universal*, sorprendentemente, coincidió con este último número. Según la versión de este periódico se arrestó a 200 personas, pero 150 probaron ser estudiantes del IPN luego del arresto.⁷⁷

Existe mayor precisión respecto del número de estudiantes que tuvieron que afrontar problemas judiciales: un total de 300 personas. También es posible asegurar que 204 estudiantes fueron puestos en prisión e interrogados. De ese total, 52 tuvieron que pagar altas multas e incluso cayeron presos por un tiempo breve. Los que no fueron mandados a prisión fueron puestos en camiones y pronto se dispersaron por la ciudad para evitar represalias.⁷⁸

1° de octubre de 1956; A. Ramírez de Aguilar, “El Toque de “Diana” despertó a los revoltosos a la realidad de que el Gobierno agotó su paciencia”, en *Excélsior*, 24 de septiembre de 1956; y “Se acabó el foco de agitación que era el Internado del IPN”, *El Universal*, 24 de septiembre de 1956. Para una historia de la Dirección Federal de Seguridad (DFS) en relación con el activismo estudiantil durante los sesenta, véase Jaime Pensado, *Rebel Mexico Student...*

76 A. Ramírez de Aguilar, “El Toque de “Diana” despertó a los revoltosos a la realidad de que el Gobierno agotó su paciencia”, en *Excélsior*, 24 de septiembre de 1956.

77 *El Universal*, 24 de septiembre de 1956, citado en Karl M. Schmitt, *op. cit.*, p. 165, y Manuel Marcué Pardiñas *et al.*, *op. cit.*, p. 53.

78 DSDW, M-IA, Desp. 275, 14 de septiembre de 1956; y ARA a Mr. R.R. Rubottom, 8 de octubre de

Luego del arresto masivo, Alejo Peralta ordenó dar a cada uno de los internos registrados como estudiantes la suma de 200 pesos por persona para que pudieran encontrar un lugar donde quedarse. Se les pidió que aprendieran a “mantenerse por sí mismos” y no crearan problemas. También se les previno que el internado “nunca más volverá a abrir sus puertas”, por el contrario, “sería transformado de manera permanente en barricadas militares” hasta que el orden fuera restaurado, y “que si la FNET hace tan solo un acto que ponga en peligro al estudiantado [o] al buen nombre del Politécnico”, agregó Peralta “se pedirá a las [Tropas] Federales [que usen] la Fuerza” que fuera necesaria. Ante un periodista que se encontraba presente cuando ocurrieron los hechos, Peralta agregó que “Es una vergüenza tener que adoptar medida[s] de este tipo,” pero aseguraba que “los estudiantes no le habían dejado otra opción a las autoridades”. Luego, dirigiéndose al estudiantado politécnico, explicó que la ocupación “es por el bien de los buenos estudiantes” y en tono de amenaza paternalista agregó: “No me gusta mostrar la fuerza, pero menos me gustaría tener que usarla”. El secretario de Defensa, Ramos Santos, se expresó de modo similar: “La culpa es de todos ustedes, que no supieron aprovechar las ventajas que le otorgó el Estado”. Luego agregó en referencia al grupo de acusados: “Quiero exhortarlos a que se porten bien. Es lo que más les conviene”.⁷⁹

El estudiantado del IPN no negaba la existencia de agitadores profesionales y fósiles en el internado, pero pensaban que las autoridades de la escuela eran las responsables de que así fuera. Para clarificar su posición los estudiantes redactaron un testimonial colectivo en el que dieron a conocer las siguientes acusaciones:

¡Mienten quienes afirman que el estudiante técnico se pasa la vida agitando causas innobles y que pierde miserablemente el tiempo! [Los

1956. Para otras conclusiones, véase A. Ramírez de Aguilar, “El Toque de “Diana” despertó a los revoltosos a la realidad de que el Gobierno agotó su paciencia”, en *Excélsior*, 24 de septiembre de 1956; Manuel Marcué Pardiñas *et al.*, *op. cit.*, p. 50, y “Cierre del Instituto”, en *Tiempo*, 1° de octubre de 1956.

79 ADFS, “IPN”, exp. 63-3-56, L-6, H-216, 24 de septiembre de 1956; y A. Ramírez de Aguilar, “Tropas federales clausuraron el internado del Politécnico”, en *Excélsior*, 24 de septiembre de 1956.

que pierden] el tiempo son las autoridades quienes no atienden los problemas que afectan [al Politécnico].

Si bien es cierto que una Casa de Estudios es para estudiar y no para alimentarse de ella, también es cierto de que en un país pobre y limitado como México [...] , [las autoridades tienen] el deber de hacer esfuerzos para auxiliar al estudiante pobre. [Y si realmente] la anarquía [existe en el internado] no es base para agredir y clausurar [los] Servicios Asistenciales. [...] Son las autoridades quienes han propiciado la corrupción [...] son ellas y nada más [ellas] las que han malversado los fondos; son [ellas] las que por temor a tal o cual grupo no [...] tienen el valor suficiente para reglamentar los Servicios Asistenciales; [son ellas] quienes tradicionalmente manejan la dotación de plazas y becas con la amenaza de quitarlas si el alumno no se sojuzga a sus intereses políticos o económicos; son ellas quienes han corrompido a dirigentes; [son ellas las que] otorgan servicios a [seudo] estudiantes.⁸⁰

A pesar de sus defensas el estudiantado no logró ser escuchado. Todos los edificios estaban ocupados por el ejército. Las acusaciones de los estudiantes no tuvieron repercusión porque “los agentes secretos y provocadores a sueldo habían alcanzado la infamia a través de sus amenazas a los estudiantes que se atrevían a distribuir propaganda a favor del movimiento”. Además, como Nicandro Mendoza hizo notar luego en una entrevista, a “los provocadores, que eventualmente los llegaríamos a conocer como «porros», se les daba el permiso de distribuir todos los manifiestos apócrifos que ellos tenían a su disposición”.⁸¹ A todo esto se sumaba el hecho de que la prensa se negaba a hacer público cualquier manifiesto estudiantil. No se permitió que ninguna noticia que expresara el punto de vista del estudiantado fuera publicada.

Toda la prensa —con las notables excepciones de *El Popular* (periódico del Partido Popular) y *La Voz de México* (del Partido

80 FNET, “El Poli habla”, sin fecha, en IPN, *op. cit.*, p. 150. Acusaciones similares en contra del gobierno por parte de los internos se pueden encontrar en “¡No ceder, Poli! La agresión a los internos, primer paso del programa del gobierno contra el Instituto Politécnico”, en *Fuerza de la ESIME*, núm. 3, sin fecha, en FR-IS-MSP, vol. 26.

81 Nicandro Mendoza, entrevista con el autor.

Comunista)— celebró unánimemente las medidas tomadas por el gobierno. Una fuente estadounidense retrataba la situación sosteniendo que una vez que se cerró el internado y los estudiantes volvieron a cursar sus estudios el 1° de octubre se reemplazó la “anarquía y la agitación” por el “orden y la disciplina”.⁸² La prensa y algunos reportes mexicanos y estadounidenses sostenían que “el pueblo no pudo haber estado más contento”. “Por fin la huelga había terminado” proclamaban algunas personas en cartas que escribían a los diarios, “el nido de revoltosos”, en referencia al internado, “por fin se había cerrado”.⁸³

También se unieron políticos de diversas corrientes al coro de aprobaciones de la ocupación militar. El PAN sostuvo que el cierre del internado había sido necesario. Muchos funcionarios del gobierno hicieron público su apoyo a la ocupación y felicitaban a Alejo Peralta. En *Novedades*, por ejemplo, el diputado del Distrito Federal se dirigió al presidente y a Peralta anunciando “¡Enhorabuena por la clausura del internado!”. El mismo día el senador de Oaxaca expresaba su gratitud en *Excélsior*, argumentando que la ocupación militar “fue una magnífica medida. Confiamos en las autoridades [...] que [después de haber] estudiado el problema [del Politécnico] a fondo [...] decidieron [usar la fuerza] y terminar con los disturbios”. El senador de Guanajuato, Luis I. Rodríguez, que presidía el Comité de Relaciones Exteriores, sostuvo que “fue atinada la medida dictada por el señor presidente de la República. Los alumnos del Instituto Politécnico ya se habían excedido: El Gobierno hizo lo único que podía hacerse; antes fue demasiado paciente”.⁸⁴ Un oficial del Departamento de Estado, en Washington, expresó una idea similar: “Las autoridades [del Politécnico] están recibiendo el apoyo de una prensa responsable, de las organizaciones laborales, y de los sectores de la clase [media]. [Por fin] se comienza a notar orden, disciplina, y

82 DSDW, M-IA, Desp. 340, 5 de octubre de 1956.

83 Estos comentarios aparecieron en numerosas ocasiones en el *Excélsior* y *El Universal*.

84 Gerardo Medina, “Fondo político en la huelga estudiantil... la solución está en las manos del régimen”, en *La Nación*, núm. 762, 20 de mayo de 1956, pp. 7-8; *Novedades*, 25 de septiembre de 1956; en *Excélsior*, 20 de septiembre de 1956; y “Crisis de la autoridad”, en *La Nación*, núm. 765, 10 de junio de 1956, pp. 3-4;

un sentido de responsabilidad entre los estudiantes y profesores [en México]”.⁸⁵

Las voces a favor de la ocupación se oían por doquier, alcanzaron tal magnitud que en “dos días [...] cerca de 500 telegramas de adhesión, simpatía, agradecimiento y admiración” fueron enviados a Alejo Peralta por parte “de vecinos [...] políticos [...] funcionarios del Estado [...] empresas privadas, de personas desconocidas y maestros”. La ocupación militar del IPN representó “una gloriosa victoria” para la nación. La euforia fue tal que cuando un periodista preguntó a Peralta si era posible que los normalistas y universitarios se adhirieran a las fuerzas del estudiantado politécnico, éste último respondió: “El ejército puede con todos”.⁸⁶

No queda claro con seguridad si la amenaza de Peralta llegó a escucharse en la UNAM. Lo que sí queda claro es que los universitarios nunca se unieron al estudiantado del IPN para protestar la ocupación, como algunos comentaristas temían en la prensa. De hecho, salvo en casos menores y aislados en algunas preparatorias, no hubo apoyo a la protesta. La prensa señalaba que la solidaridad no había tenido lugar por “obvias diferencias de clase” y por el antagonismo que existía entre quienes concurrían al IPN y la UNAM como resultado de la rivalidad en los juegos de fútbol americano desde los años cuarenta.⁸⁷ Sin embargo, un activista de la UNAM en aquel momento recuerda la situación de modo bastante diferente. Óscar González López, un estudiante de izquierda de la Escuela Nacional de Economía, asegura que con la ayuda del famoso intermediario *Palillo* todos los líderes estudiantiles fueron aconsejados “de la manera más sutil por Nabor Carrillo [rector de la UNAM], quien con incentivos muy atractivos nos ordenó que no nos involucráramos en la huelga del Politécnico. Claro, aquellos que estaban

85 DSDW, M-IA, Desp. 358, 10 de octubre de 1956.

86 “Cierre del Internado del IPN”, en *Tiempo*, 1 de octubre de 1956, p. 7; Arias Bernal, “Por la clausura”, en *Excélsior*, 25 de septiembre de 1956; y “Toda agitación será reprimida”, en *Excélsior*, 26 de septiembre de 1956.

87 “La Universidad no se hará eco de la agitación”, en *Excélsior*, 26 de septiembre de 1956. Para el antagonismo social y deportivo entre universitarios y politécnicos que se llegó a explotar por parte de las autoridades, véase Jaime Pensado, *Rebel Mexico. Student...*, cap. 2.

interesados en una futura carrera política, tomaron muy en serio su «consejo»⁸⁸.

El estudiantado del Politécnico no logró construir una alianza con sus pares de la Universidad u otros grupos de estudiantes hasta 1958. Aquel año un frente unificado de universitarios, estudiantes del Politécnico y normalistas demandó que el ejército se retirara de inmediato del IPN.⁸⁹ La demanda tuvo una respuesta positiva el 24 de diciembre de ese mismo año.

A lo largo de los sesenta el estudiantado también comenzaría a demandar que se liberara a todos los presos políticos que hubieran sido afectados por la Ley de Disolución Social.

El anticomunismo y la Ley de Disolución Social

Una vez cerrado el internado tras la ocupación por las tropas federales que controlaron efectivamente todo el IPN, el Estado pasó a encarcelar al activismo político que encabezaba la protesta estudiantil. La justificación legal para tal proceder provino de la Ley de Disolución Social. Originalmente la ley había sido promulgada por el presidente Ávila Camacho en 1941 bajo el artículo 145 de la Constitución. Se trataba de una respuesta a la amenaza internacional que el fascismo había planteado a los poderes del Eje durante la Segunda Guerra Mundial. El artículo 145 sostenía que la ley debía ser aplicada

al extranjero o nacional mexicano, que en forma hablada o escrita, o por cualquier otro medio realice propaganda entre extranjeros o entre mexicanos difundiendo ideas, programas o normas de acción de cualquier gobierno extranjero que perturbe el orden público o afecte la soberanía del Estado mexicano.

88 Óscar González López, entrevista con el autor. *Palillo* era un porrista de futbol americano, carismático e importante líder político que sirvió de intermediario entre los estudiantes y las autoridades escolares y gubernamentales a través de las décadas de 1940 y 1950. Para un detallado análisis de *Palillo*, véase Jaime Pensado, *Rebel Mexico. Student...*, cap. 2.

89 Para el movimiento estudiantil de 1958 véase Gerardo Estrada, *op. cit.*; José René Rivas Ontiveros, *op. cit.*, y Jaime Pensado, *Rebel Mexico. Student...*, cap. 4.

La definición que este artículo daba de “perturbar el orden público” incluía cualquier acto cuya intención fuera “producir rebelión, sedición, asonada o motín”. Basándose en esta definición, la ley se había diseñado para castigar a quienes “obstaculicen el funcionamiento de [las] instituciones legítimas o propaguen el desacato de parte de los nacionales mexicanos a sus deberes cívicos” llevando a cabo “actos de sabotaje,” “acciones de provocación” o “invasión de territorio”. El objetivo de esta ley, cuya precisión era originalmente vaga, fue proteger la “Soberanía Nacional” de aquellas personas catalogadas como “subversivas”.⁹⁰

En el contexto de la guerra fría, donde el comunismo se presentaba como una creciente amenaza, la ley fue enmendada para que abarcara un espectro mayor de posibles intentos de disolución social. Así, en 1950 el artículo 145 fue modificado por el Congreso tras una sugerencia enviada por el presidente Miguel Alemán. La politóloga Evelyn P. Stevens explicó que “el estatuto de la enmienda [ahora incluido en el Código Penal] extendió el tiempo de la pena que originalmente oscilaba de tres a seis años a [un periodo] de [entre] dos a doce años”. Aunque era evidente que la amenaza del fascismo que había sido el objeto original de la ley “había retrocedido, se argumentaba que había otros peligros contra los cuales debían mantenerse medidas apropiadas”.⁹¹

A medida que la protesta estudiantil de 1956 cobró importancia la “amenaza comunista” planteada por el estudiantado politécnico fue identificada como uno de los “peligros” mencionados por la nueva enmienda a la Ley de Disolución Social. El contexto de la guerra fría facilitó la inclusión de las acciones estudiantiles en el marco de los “peligros” mencionados por la ley. La prensa fue crucial en este sentido porque, efectivamente, convenció a sectores importantes de la opinión pública de que la protesta estaba inspirada por ideologías foráneas, infiltradas en México por peligrosos demagogos. La cruzada anticomunista hizo eje en la figura de Nicandro Mendoza

90 Para una detallada interpretación de la ley, véase Evelyn P. Stevens, *Protest and response in Mexico*, 1974.

91 Evelyn P. Stevens, “Legality and extra-legality in Mexico”, 1970, p. 64.

al retratarlo como la mayor amenaza en el seno del IPN. Uno de los elementos de esta retórica que tuvo mayor efecto fue el que insistió en la inocencia de jóvenes mexicanos que, en plena juventud, eran manipulados por fuerzas extrañas que promovían el sabotaje contra la nación, incitando a la traición y la subversión.

El arresto del activista comunista Nicandro Mendoza y “sus pistoleros” (en palabras de un periodista), llevado a cabo el 27 de septiembre de 1956, se montó sobre la parafernalia de prejuicios anticomunistas que la prensa había desarrollado *ad nauseam*. Los mentados pistoleros eran Efraín Ruiz López y Raúl Lemus Sánchez: el primero parece que estuvo a cargo de un grupo de choque formado por *gaviotas* y estudiantes jóvenes de la Vocacional 3; en cuanto al segundo, se trataba de un famoso jugador de fútbol americano y karateca especializado en organizar grupos de choque que defendían a Nicandro Mendoza.⁹² Un extenso informe publicado por *Excélsior* en primera plana, al igual que noticias de otros periódicos, argumentaban que estos activistas habían sido arrestados por su supuesta participación en una “trifulca” que tuvo lugar aquel día a la salida del Comedor Universitario. Este espacio era una cafetería administrada por las autoridades escolares, y sostenida por beneficencia privada, que atendía diariamente a 450 universitarios de bajos recursos y a 150 politécnicos y normalistas con un menú subsidiado o gratuito. La reyerta explotó porque Alejo Peralta, Nabor Carrillo, el rector de la UNAM, y el secretario de Salubridad, Ignacio Morones Prieto, anunciaron que este beneficio sería eliminado y se otorgarían 150 pesos mensuales para compensar su pérdida. Un grupo de estudiantes —liderados por Augusto Velazco y Luis Muñoz— organizó una actividad en repudio a esta medida. Otro grupo —encabezado por Adolfo de la Cueva, Andrés Torres Mellado, Rogelio García y Diógenes Mendoza— tomó el camino opuesto y comenzó a plantear: “No queremos más agitación [sino que] queremos estudiar”.⁹³

92 Eduardo Téllez, “Nicandro Mendoza entre los detenidos”, en *El Universal*, 28 de septiembre de 1956.

93 “Trifulca estudiantil en el centro de la capital”, en *Excélsior*, 28 de septiembre de 1956. Véase también Donald Russell Morris, “Political violence and political modernization in Mexico: 1952-1964”, 1971, p. 370.

Según la prensa el grupo de Velazco y Muñoz “atacó violentamente” al otro grupo. Como prueba del ataque *Excelsior* publicó una gran imagen (véase fotografía 1) en primera plana que rezaba:

La batalla entre estudiantes se desarrollaba furiosamente. El licenciado Castillo Mota (centro [de la fotografía]) le propina fenomenal paliza al médico Luis Muñoz. La foto habla claro: Mota muestra su actitud pugilística, mientras el cuerpo de Luis Muñoz hace un viaje al suelo. Todo sucedió por una división entre alumnos de la Universidad, del Politécnico y de la Normal.

Fotografía 1



“Trifulca estudiantil en el centro de la capital”, en *Excelsior*, 28 de septiembre de 1956.

Esta representación de la prensa fue confrontada por estudiantes que comenzaron a hacer circular otras versiones del evento que diferían sustancialmente. En primer lugar, sostenían, no existía animosidad entre grupos de estudiantes de diferentes instituciones que concurrían al comedor: todo lo contrario, si había una distinción que primaba era la tensión entre estudiantes provenientes de diferentes regiones del país. En realidad, lo más importante era que no había habido ninguna pelea entre estudiantes: para los estudiantes quedaba claro que un grupo de pistoleros se había presentado cuando el estudiantado se dispuso a defender la continuidad del comedor. Esta versión puede corroborarse en la fotografía misma del *Excélsior* que había sido distorsionada por los títulos y la nota que la acompañaban. En la imagen podía verse con claridad a Castillo Mota que, tal como notamos anteriormente, era uno de los miembros más importantes de la banda de los *gorilas*. Algunos estudiantes además creían que Castillo Mota había desarrollado una carrera lucrativa como agente provocador del Ministerio Público. En algunos casos, incluso se llegaba a señalar que el ataque había sido pagado por Nabor Carrillo a través de su secretario privado, Efreén del Pozo. Siguiendo una línea similar, otro manifiesto estudiantil denunciaba que los golpeadores habían recibido un total de 120 mil pesos por su ataque y por la destrucción de la cocina que había tenido lugar en aquel momento.⁹⁴

Un periódico estudiantil preguntaba con enojo:

¿[Exactamente] a qué estudiantes se refería *Excélsior*? No [puede ser] los que [están presentes en la fotografía], pues no son estudiantes, sino *pistoleros a sueldo*. [De hecho, el supuesto] “universitario” que aparece golpeando cobardemente a un auténtico estudiante [no es más que] un Sr. Agente del Ministerio Público [y su] “cuidador” es un luchador que cobra sueldo en la UNAM como “Instructor de Educación Física”.

94 “¿Rectitud o vandalismo?”, archivo personal del autor, junio de 1956; ADFS, “UNAM”, exp. 63-4-953, L-1, H-26, y “Los judas del comedor”, en *El Cometa Universitario*, núm. 3, octubre-noviembre de 1956, en FRIIB, vol. 1, exp. 91. Para la participación de Efreén del Pozo en la proliferación del porrismo en la UNAM, véase Hugo Sánchez Gudiño, *Génesis, desarrollo, y consolidación de los grupos estudiantiles de choque en la UNAM, 1930-1990*, 2006, y Jaime Pensado, *Rebel Mexico. Student...*, cap. 4.

La ira por el modo en que los medios desfiguraban lo ocurrido era compartida por el presidente de la sociedad de estudiantes de la Escuela de Filosofía, que escribió: “Es inconcebible que [...] grupos de pistoleros [hayan sido] utilizados para disolver la manifestación [...] de los compañeros del Comedor Universitario, [pero es] más inconcebible aún que [...] la prensa capitalina [vea a esta] lacra pistolera [...] como los defensores de los estudiantes sinceros”.⁹⁵

Había un punto en el que tanto el *Excélsior* como el estudiantado acordaban. En ambas versiones se notaba que había un gran número de granaderos, agentes secretos y agentes de policía que estaban presentes pero que no intervinieron y dejaron que la reyerta siguiera su curso. Respecto de otras cuestiones prevalecía la divergencia entre las versiones de los hechos. Un punto de desacuerdo importante se refería al fin del conflicto. En este momento las autoridades se aprestaron a detener a Nicandro Mendoza, pero éste negaba no sólo su participación en la pelea sino incluso en la misma protesta por el cierre del comedor. Aún así, el jefe de policía aseveraba con certeza que sus agentes habían visto a Mendoza “estimulando a más de 150 pseudo estudiantes” en la Universidad antes de la reyerta y por este motivo justificaba su arresto.⁹⁶

Inmediatamente luego del arresto de Nicandro Mendoza la policía también detuvo a Mariano Molina que era el secretario general de la FNET. El arresto de Molina se produjo a la salida de la oficina central del PP y, al igual que había ocurrido con Mendoza, se trató de una acción conjunta de la policía y la DFS. Estas fuerzas procedieron a la detención de un importante sector de la dirección de izquierda del movimiento estudiantil que fueron sometidos a investigación bajo la acusación de participar en disturbios. Entre otros se encon-

95 “La verdad sobre el atentado gangsteril al comedor universitario”, *El Cometa Universitario*, núm. 3, octubre-noviembre de 1956, archivo personal del autor, y Clemente Valdez—Presidente de la Sociedad de Alumnos de Filosofía y Letras, “Opinión de los estudiantes universitarios”, *El Cometa Universitario*, núm. 3, octubre-noviembre de 1956, en archivo personal del autor.

96 “La UNAM, nido de juniors y niños popof”, archivo personal del autor, sin fecha; “«Gaviotas» con el sweater de la UNAM”, en *El Universal*, 27 de septiembre de 1956, y “Politécnicos disfrazados de universitarios tratarán de inmiscuir a la UNA en sus líos”, en *Excélsior*, 27 de septiembre de 1956.

traban Augusto Velazco, del Comedor Universitario; Ramiro Ramos Hernández y José Luis Sánchez Ponce, de la FNET; Manuel Salazar González, un amigo personal de Mendoza que pertenecía a un grupo representativo de jóvenes del Partido Comunista; Baudelio Alegría de la Confederación de Jóvenes Mexicanos y otros seis “agitadores sospechosos” más que aparentemente fueron detenidos por agentes de la DFS por simpatizar con quienes protestaban en el IPN.⁹⁷ Acto seguido, el fiscal de distrito, Julio Ramírez, sostuvo que eran “tantos y tan graves los daños causados al Instituto Politécnico Nacional y a los estudiantes del mismo por Nicandro Mendoza y demás *agitadores* que lo secundan, que estos se *han hecho acreedores a que se les procese por el delito de disolución social*”.⁹⁸

Entre el 5 y el 6 de octubre, Nicandro Mendoza, Mariano Molina y Raúl Lemus Sánchez fueron sentenciados a prisión por violación de la Ley de Disolución Social sin permitirseles la posibilidad de eximirse por libertad bajo fianza.⁹⁹ El documento oficial que la oficina del fiscal del Distrito facilitó al *Excélsior* sostenía que los acusados habían sido arrestados por organizar una amplia gama de “actos para perturbar el orden y la paz pública”. Además se sostenía que habían instado al resto del estudiantado para que se alzara en armas contra las fuerzas del Estado apostadas en el IPN.¹⁰⁰ Otros cargos incluían la posesión ilegal de armas, la incitación al motín, desórdenes públicos, asalto y resistencia a la autoridad e incluso conductas indecentes.¹⁰¹

Una vez que los estudiantes fueron sentenciados a prisión las autoridades hicieron públicas todas las pruebas que conectaban a estos “subversivos” con el comunismo. Para Nicandro Mendoza,

97 “Molinar, líder de la FNET en la redada”, en *Excélsior*, 29 de septiembre de 1956, y “Los líderes Nicandro Mendoza y Molina, dados de baja del Politécnico, no expulsados”, en *Excélsior*, 30 de septiembre de 1956.

98 “Molinar, líder de la FNET en la redada”, en *Excélsior*, 29 de septiembre de 1956. El énfasis en cursivas es mío.

99 “Nicandro Mendoza y sus socios ingresaron en la Penitenciaría”, en *Excélsior*, 2 de octubre de 1956.

100 *Idem*, y DSDW, M-IA, Desp. 340, 5 de octubre de 1956.

101 DSDW, M-IA, Desp. 340, 5 de octubre de 1956.

por ejemplo, se repitió con insistencia en todos los periódicos que “recientemente había retornado de un viaje tras la Cortina de Hierro financiado por fuentes misteriosas”.¹⁰² La “prueba decisiva” que unía “a este rojillo revoltoso” con las fuerzas comunistas, según el dibujante de tiras políticas Audifred de *El Universal*, era la visita que había recibido en prisión del “viejo demagogo” Vicente Lombardo Toledano que aparecía “dando el espaldarazo” a Mendoza por los sacrificios que había hecho y por su duro trabajo con el PP.¹⁰³

Esta visita de Vicente Lombardo Toledano, el 11 de octubre de ese año, fue discutida por toda la prensa. Frente a la presencia de los periodistas el dirigente del PP que había concurrido a la prisión para ver a Mendoza se decidió a dar una conferencia de prensa en la que sostuvo que el documento que contenía los cargos en contra de los estudiantes era absurdo e ilógico: “El estatuto criminal que marca la ley de disolución social nunca fue invocado. [La ley de disolución social] fue integrada al Código Penal durante la última administración presidencial para complacer a las fuerzas del imperialismo Yanqui”. Tras su partida Vicente Lombardo Toledano le dijo a los prisioneros: “Tengan fe en mí”, prometiéndoles a sus “discípulos” que él y el PP “iban a hacer todo lo posible en su poder para asegurarse que los estudiantes tengan mejores abogados defensores”.¹⁰⁴

No queda claro hasta qué punto las promesas de Vicente Lombardo Toledano eran sinceras. De lo que no hay duda es que Nicandro Mendoza y varios estudiantes más permanecieron en prisión hasta diciembre de 1958, cuando el presidente Adolfo López Mateos dictó una amnistía general. También queda claro que al ser arrestados los principales dirigentes estudiantiles la división entre los dirigentes del movimiento se hizo más obvia. Esta división fue particularmente evidente entre Mendoza y Molina. El Departamento de Estado en Washington notaba, por ejemplo, que “en contraste con la actitud desafiante de Nicandro Mendoza, [Mariano] Molina

102 *Idem*.

103 Audifred, “El espaldarazo de Lombardo el Rojo a Nicandro el Rojillo”, en *El Universal*, 13 de octubre de 1956.

104 DSDW, M-IA, Desp. 380, 19 de octubre de 1956; “Molinar, líder de la FNET en la redada”, en *Excelsior*, 29 de septiembre de 1956, y DSDW, M-IA, Desp. 340, 5 de octubre de 1956.

aparecía sumiso y dispuesto a hablar. [Molina] admitió que efectivamente él [al igual que Mendoza] eran agitadores [del IPN] y que habían logrado un control casi total del estudiantado”.¹⁰⁵

El uso que el gobierno hizo de la Ley de Disolución Social frente a la protesta estudiantil de 1956 dejó un legado que afectaría el modo de encarar la relación con la disidencia política en los años venideros. Durante los años sesenta, por ejemplo, el gobierno recurriría a la misma ley como herramienta intimidatoria e instrumento para reprimir y detener a una variedad de reformistas de izquierdas, revolucionarios disidentes y activistas sindicales independientes. En la famosa huelga de ferroviarios de la década de 1950, por ejemplo, muchos líderes fueron arrestados y acusados de sabotaje en razón de esta ley, luego de que la huelga fuera decretada ilegal. Los casos más conocidos fueron los de Demetrio Vallejo y Valentín Campa, quienes estuvieron en prisión por alrededor de una década durante la cual se les negó la libertad condicional en numerosas ocasiones. El recurso represivo a la Ley de Disolución Social se llevaría a cabo también con los organizadores del Movimiento Revolucionario de Maestros: Otón Salazar, J. Encarnación Pérez Rivero, Nicolás García Abadand y Venancio Zamudio Cruz. En 1960 el renombrado muralista David Alfaro Siqueiros y el periodista Filomeno Mata correrían la misma suerte. Cuatro años más tarde, los líderes de la huelga de médicos fueron puestos en prisión por la misma ley aunque, como nota Evelyn P. Stevens, esto ocurrió de modo “más indirecto”. La autora explica que “Aproximadamente un año después de que la protesta de médicos se diluyera varios de sus líderes fueron arrestados con cargos que aparentemente no tenían relación con la huelga. Luego se los sentenció por participar en un complot para derrocar al gobierno por medio de la fuerza”.¹⁰⁶

No sólo el activismo y el sindicalismo se enfrentaron a estas medidas represivas debido a la aplicación de la Ley de Disolución Social. Según *El Popular*, hacia 1959 había en México aproximada-

105 DSDW, M-IA, Desp. 340, 5 de octubre de 1956.

106 Evelyn P. Stevens, *op. cit.*, p. 70. Véase también Aurora Loyo Brambila, *op. cit.*, y Ricardo Pozas Horcasitas, *La democracia en blanco: el movimiento médico en México, 1964-1965*, 1993.

mente 800 presos políticos y, de ese número, se estimaba que unos 150 habían sido detenidos simplemente porque se les categorizó como “comunistas”.¹⁰⁷ El número de personas detenidas por motivos políticos continuó creciendo a lo largo de los años sesenta hasta que se comenzaron a organizar cada vez más marchas reclamando que esta ley fuera abolida del Código Penal.

Durante una de las marchas estudiantiles en apoyo a la huelga de normalistas en 1958, la sociedad de estudiantes de la Escuela de Filosofía de la UNAM exigió la inmediata eliminación del artículo 145 y 145-bis de la Constitución. El año siguiente activistas de la Facultad de Derecho hicieron pública la misma demanda cuando apoyaron la huelga de maestros. Entre 1960 y 1967, el Movimiento de Liberación Nacional (MNL) y la Central Nacional de Estudiantes Democráticos (CNED) organizaron un número de protestas demandando su derogación.¹⁰⁸

La derogación de la Ley de Disolución Social fue crucial para el movimiento estudiantil de 1968. Dos de las seis demandas del pliego petitorio del Comité de Huelga hablaban directamente contra ella. La primera de estas demandas exigía la inmediata libertad a los presos políticos; la segunda reclamaba la “derogación de los artículos 145 y 145-bis del Código Penal Federal”.¹⁰⁹ En los estudios dedicados al 68 se advierte que el gobierno no concedió ninguna de las dos demandas. De hecho, la derogación de la Ley de Disolución Social tomaría dos años más y sería llevada a cabo sólo en 1970.

En 1968 miles de estudiantes se reunirían para demandar que se expulsara a la FNET del Politécnico. Luego de la derrota del movimiento de 1956 el gobierno había cooptado esta organización que había liderado la lucha estudiantil, convirtiéndola en una estructura “charra” al servicio de la agenda política de las autoridades del IPN y del gobierno.

107 *El Popular*, 31 de marzo de 1959.

108 Véase Jaime Pensado, *Rebel Mexico. Student...*, caps. 5 y 6.

109 Sergio Zermeño, *México. Una democracia utópica*, 1978, p. 29.

El financiamiento del “charrismo estudiantil” y la creación de la nueva FNET

El uso de medidas represivas no culminó con la prisión de los líderes más importantes de la FNET. A continuación Alejo Peralta profundizó el autoritarismo para continuar intimidando y reprimiendo al estudiantado. Las tropas federales continuaron ocupando el IPN hasta diciembre de 1958 cuando surgió una nueva protesta estudiantil que unió a universitarios, normalistas, y politécnicos, los cuales exigieron el retiro inmediato de los soldados apostados en el IPN con renovada fuerza. En esta nueva atmósfera de rebelión numerosos politécnicos también se unieron para demandar la renuncia de Alejo Peralta quien había anunciado un año antes que sólo “los estudiantes con «buen carácter» serían aceptados en el Politécnico”.¹¹⁰ Esta restricción intencionalmente vaga tenía por objeto negar el ingreso de quien expresara simpatías por la izquierda. La medida involucraba no sólo a quienes ingresaban sino que incluso los estudiantes que ya se encontraban estudiando podían ser echados si participaban en algún acto de protesta. La intolerancia de esta política excluyente provocó la caída de la matrícula: en 1956 había 25 277 estudiantes; dos años después eran 22 187, es decir varios miles menos.¹¹¹

Con el tiempo Peralta pagaría un alto precio político por haber adoptado este control autoritario sobre el IPN. A fines de 1958 ya era tan denostado en esa institución que un grupo de estudiantes se atrevió incluso a tirarle piedras y cocteles molotov.¹¹² Ante la creciente tensión, el presidente le recomendó que presentara su renuncia el 28 de febrero de 1959 porque su presencia misma contribuía a generar más resistencia entre el estudiantado, que organizaba marchas contra su figura en varias de las escuelas del IPN. Diez días más tarde el presidente López Mateos designó a Eugenio Méndez Docurro como nuevo director. Bajo la nueva dirección las mismas políticas autori-

110 Donald Russell Morris, *op. cit.*, 1971, p. 372.

111 IPN, *op. cit.*, 1988, p. 154.

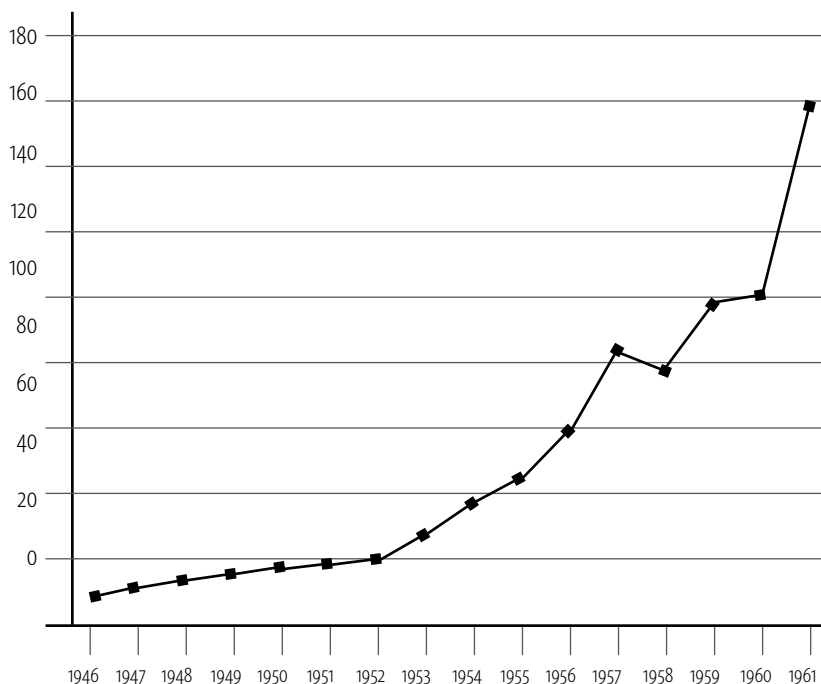
112 Donald Russell Morris, *op. cit.*, 1971, p. 372.

tarias se mantendrían en pie hasta 1963 cuando Méndez Docurro fue remplazado por otro director.

Entre 1956 y 1964 el IPN fue sometido nuevamente a una relación corporativista con el gobierno.¹¹³ Uno de los resultados de tal control fue que el presupuesto que el gobierno proporcionaba al IPN creció sustancialmente. De los pequeños aumentos en la década de 1940 se pasó a aportes mucho más significativos (véase la gráfica 1).

GRÁFICA 1

Inversiones federales en el IPN (millones de pesos)



113 El Instituto Politécnico Nacional fue fundado en 1937. Desde sus inicios mantuvo una estrecha relación con el Estado, la cual hizo imposible su autonomía. Para una historia (aunque bastante oficial) de esta institución véase IPN, *op. cit.*, 1988.

De algún modo esto significa que, a pesar de la derrota política que sufrió el movimiento de 1956, algunas de sus demandas fueron concedidas hasta cierto punto. El contraste entre la represión sufrida por la protesta estudiantil y el logro de algunos de sus objetivos más importantes sugiere que el gobierno estaba dispuesto a realizar concesiones si la relación de fuerzas se volcaba a favor del estudiantado. Sin embargo, lo que el gobierno parecía no haber tolerado bajo ninguna circunstancia es que se pusiera en cuestión su legitimidad en la esfera pública. Las medidas represivas tal vez estaban orientadas a disuadir cualquier tipo de protesta y exigir que todas las demandas se canalizaran por los cauces establecidos por la estructura estatal corporativa. El gobierno no sólo llevó a cabo una política represiva sino que aportó cada vez más fondos para aplacar la disidencia.

Más allá del crecimiento de la inversión estatal en el IPN, el gobierno no quiso que eso fuera interpretado como un resultado de las demandas estudiantiles. Esto significó que algunos estudiantes terminaron pagando un costo muy alto por la concesión de estas demandas porque el Estado quiso prevenir el crecimiento potencial de las protestas mediante castigos ejemplificadores. Estos castigos cayeron sobre todos los estudiantes que se comprometieron en demandar que las demandas de las protestas de 1942, 1950 y 1956 fueran concedidas. Por el contrario, quienes fueron fieles a la dirección del IPN y a las autoridades gubernamentales se beneficiaron tanto política como financieramente. Uno de los grupos más beneficiados sería el formado por los nuevos miembros del nuevo FNET que se constituyó como estructura corporativa controlada por el Estado.

El nuevo liderazgo del FNET fue elegido durante el Noveno Congreso de Estudiantes Técnicos, que tuvo lugar entre el 22 y el 26 de octubre de 1956. Varias facciones presentaron candidatos a la presidencia del FNET en ese congreso y el pedido de retiro inmediato de las tropas que ocupaban el IPN fue unánime.¹¹⁴ Las facciones más importantes eran las del grupo dirigido por Francisco J. Velázquez, la de Manuel Ocho Velázquez, el grupo de Agapito Ríos y el de Benjamín Nieto. El primero de estos grupos era el favorito de Peralta y

114 ADFS, "IPN", exp. 63-3-56, L-6, H-352.

su oponente más importante fue un grupo organizado por Arnaldo Bellereza que más tarde sería nodal en la exitosa lucha por la expulsión de Peralta de la dirección del IPN.¹¹⁵ Los grupos de Velázquez y Ochoa Velázquez encontraron la mayor parte de su apoyo en la Escuela Vocacional 3. Un documento de la DFS revela que recibían gran parte de apoyo de Rodolfo González, el presidente del Comité Regional del PRI en el Distrito Federal, que, como mencioné anteriormente, también había pagado al grupo de choque contra Nicandro Mendoza.¹¹⁶

El Noveno Congreso en el que se eligieron las autoridades del nuevo FNET se caracterizó por una tensión política que llegaría a adquirir alto voltaje. Pronto quedó claro que los grupos de Agapito Ríos y Benjamín Nieto agrupaban las fuerzas más importantes contra la presidencia del FNET. No obstante, ambos grupos se acusaban mutuamente de corrupción y gangsterismo.¹¹⁷ Ríos unificó todo el estudiantado que provenía del Bloque de Estudiantes Técnicos, la organización estudiantil que surgió al calor de la protesta contra la ocupación militar del IPN. Baudelio Alegría, de la CJM, brindó su apoyo a Ríos luego de haberse distanciado de Prieto Laurens. A su vez Alegría recibió apoyo financiero de Enrique Ramírez y Ramírez cuando la CJM rompió lazos con el Partido Popular Socialista (PPS, que reemplazó al PP en 1959) que para entonces se encontraba en vías de integración a la estructura corporativista del PRI.¹¹⁸ Los estudiantes que siguieron esta línea eran conocidos como ramiristas. Su líder, Enrique Ramírez y Ramírez, había sido el secretario del PP, pero luego de 1955 se había convertido en el más renombrado opositor a Vicente Lombardo Toledano. La otra ala del movimiento estudiantil que se opuso a la nueva dirección cooptada de la FNET, bajo la dirección de Benjamín Nieto, fue apoyada por Salvador Gamiz y por Vicente Lombardo Toledano. El objetivo primario de los llamados lombardistas fue conseguir la liberación de Nicandro Mendoza

115 Donald Russell Morris, *op. cit.*, p. 373.

116 ADFS, "IPN", exp. 63-3-56, L-6, H-266.

117 "Repudio a los líderes de la FNET", en *Excélsior*, 23 de octubre de 1956.

118 Karl M. Schmitt, *op. cit.*, 1965, pp. 84-85.

y Mariano Molina para que el PP pudiera recuperar el esplendor al que había llegado anteriormente en el IPN. La disputa que Vicente Lombardo Toledano y Enrique Ramírez y Ramírez habían tenido en 1955 repercutió en el seno del movimiento estudiantil enemistando a ambos grupos. Por este motivo en el congreso el estudiantado votó la presidencia de acuerdo con líneas faccionales, la tensión interna creció, y la presidencia de la FNET se resolvió en parte mediante la lucha física entre grupos de choque de todo tipo.¹¹⁹

Hacia el 24 de octubre era evidente que el grupo ramirista había triunfado y que la violencia estudiantil y la mediación a través de líderes charros se habían convertido en los modos más comunes de resolver las disputas políticas internas.¹²⁰ En noviembre varios estudiantes asumieron puestos de importancia local y nacional en la FNET, pero Enrique Ramírez y Ramírez continuó controlando los hilos por detrás de la escena política hasta 1964. A esto se sumó el hecho de que durante este periodo los ramiristas recibieron el apoyo de López Mateos hasta el fin de su sexenio. Esto hizo que el grupo se acercara gradualmente al PRI y se distanciara cada vez más del PP. A cambio de fidelidad al gobierno, los ramiristas acumularon un poder político considerable que tuvo como corolario un nivel de corrupción sin precedentes. Sin embargo, el poder del ramirismo fue tal que lo hizo inmune a las impugnaciones de otros líderes. En consecuencia la FNET misma se convirtió en una organización charra al servicio del gobierno.¹²¹

En 1964 la era ramirista llegaba a su fin, sólo para ser remplazada por una etapa signada por un autoritarismo y corrupción aún más profundos. Los grupos estudiantiles de la FNET luego del 64 fueron financiados por sectores muy influyentes de alemanistas y diazorristas. Entre estos líderes se destacaron Alfonso Corona del Rosal y Jesús Robles Martínez, que establecieron lazos muy fuertes con el presidente Díaz Ordaz. Este grupo usó todo el poder del Sindicato

119 ADFS, "IPN", exp. 63-3-56, L-6, H-306; Karl M. Schmitt, *op. cit.*, pp. 77-119; David Vega, entrevista con el autor, y ADFS, "IPN", exp. 63-3-56, L-6, H-319.

120 "No más violencia en el Politécnico", en *Excélsior*, 24 de octubre de 1956.

121 David Vega, entrevista con el autor.

Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE) para manipular a la FNET a través del uso de líderes porros tales como *El Johnny*, que luego se opondría a quienes organizaron el movimiento del 68. Para entonces la FNET se convirtió en un lugar con conflictos internos tan fuertes que terminaría disolviéndose ese año.¹²²

CONCLUSIÓN: MÁS ACÁ DEL 68

En la historiografía sobre movimientos estudiantiles latinoamericanos el caso argentino de 1918 y el mexicano de 1968 han sido probablemente los más estudiados. En historia, al igual que en sociología y en ciencias políticas, se ha destacado la importancia de estos dos movimientos por sus características de ruptura. Múltiples aniversarios han idealizado ambos movimientos constituyéndolos en momentos fundacionales de protestas que tendrían lugar por décadas. Se han organizado diversas mesas redondas, salas de museos, y numerosos estudios, compilaciones de ensayos, cuentos y hasta novelas. En estos eventos no sólo se exagera la importancia de estos dos movimientos estudiantiles sino que también se invisibilizan otras instancias de movilización estudiantil que, ante el brillo del 68 mexicano y el 18 argentino, caen en la oscuridad. En el caso argentino, la narrativa se ha consolidado en un discurso oficial que repetidamente explica como el movimiento universitario de reforma se inició en la Universidad Nacional de Córdoba en 1918 y se extendió rápidamente a las demás universidades del país y de América Latina: a Perú en 1920, a México en 1929, a Chile y Bolivia dos años más tarde, y a otros países que lo seguirían más tarde.¹²³ Algo similar ocurre con la historiografía sobre el movimiento estudiantil de 1968 en México, la cual ha sido escrita casi exclusivamente des-

122 Jaime Pensado, *Rebel Mexico. Student...*, cap. 3.

123 Dos de los estudios más originales que se han publicado recientemente sobre el movimiento de reforma universitaria de 1918 incluyen: Natalia Milanesio, "Gender and generation: The university reform movement in Argentina, 1918", 2005, y María Cristina Vera de Flachs, "Antecedentes del movimiento universitario de 1918 en Córdoba: los primeros profesores de la Facultad de Ciencias Físico-Matemáticas", 1999.

de las perspectivas de sus principales líderes y con escasa revisión histórica. Las consignas más repetidas: “¡El 68 no se olvida!” y “Un México antes y un México después del 1968”, han mitificado el movimiento de modo tal que resulta difícil percibir la actividad política y estudiantil previa.¹²⁴

Proclamar que “¡El 68 no se olvida!” se ha convertido en un símbolo ritual que se repite año a año en numerosas marchas que conmemoran la masacre estudiantil del 2 de octubre en la Plaza de la Tres Culturas de Tlatelolco.¹²⁵ No es mi intención decir que tenemos que olvidar; todo lo contrario. El esclarecimiento de la masacre perpetuada por el Estado mexicano en este momento constituye una deuda fundamental de la historiografía. No cabe duda que también es fundamental continuar estudiando en profundidad el movimiento del 68 en todos sus aspectos.¹²⁶ Con todo, esta tarea debe ser llevada a cabo críticamente y cuestionando lo que Herbert Braun ha denominado “el discurso oficial”: una perspectiva que asume como axioma la idea de que el movimiento estudiantil siempre ha sido “unido”, “heroico” y “homogéneo” y que luchó contra un “Estado monolítico”, representado en México históricamente por el “enemigo común” de todos los movimientos sociales, el PRI.¹²⁷ Sin lugar a duda, personajes clave del PRI financiaron una variedad de mecanismos de control —legales e ilegales— para negociar, intimidar,

124 Para un excelente revisión de los diferentes estudios que se han escrito sobre 1968 en las últimas tres décadas, véase Vania Markarian, “El movimiento estudiantil mexicano de 1968. Treinta años de debates públicos”, 2001.

125 La conmemoración más grande que se ha organizado hasta la fecha sobre el movimiento del 68 se llevó a cabo recientemente en una exhibición en el Centro Cultural Universitario Tlatelolco de la Universidad Nacional Autónoma de México. Para un resumen fotográfico de la exhibición, véase Álvaro Vázquez Mantecón, Juncia Avilés y Sergio Raúl Arroyo, *Memorial del 68*, México, UNAM, 2007.

126 Algunos de los estudios más rigurosos que se han escrito sobre el 68 recientemente son Deborah Cohen y Lessie Jo Frazier, “«No sólo cocinábamos...» Historia inédita de la otra mitad del 68”, 1993; Herbert Braun, “Protest of engagement: Dignity, false love, and self-love in Mexico during 1968”, 1997; Sergio Aguayo Quezada, *1968: Los archivos de la violencia*, 1998, y Ariel Rodríguez Kuri, “Los primeros días. Una explicación de los orígenes inmediatos del movimiento estudiantil de 1968”, 2003. Véase también el estudio clásico de Sergio Zermeño, *op. cit.*

127 Herbert Braun, *op. cit.* Véase también Jaime Pensado, “The (forgotten) sixties in Mexico”, 2008, pp. 83-90.

cooptar, y reprimir a un sinnúmero de estudiantes e intelectuales durante, antes y después del movimiento de 1968.¹²⁸ No obstante, como algunos historiadores lo han notado recientemente, el PRI realmente nunca llegó a constituir una entidad monolítica y mucho menos logró adquirir un monopolio absoluto sobre la represión política de los movimientos sociales.¹²⁹ Como ha sido señalado en este artículo, hubo miembros antagónicos tanto en el seno de ese partido como fuera de él. El movimiento estudiantil no sólo fue manipulado por el PRI sino también por actores influyentes de otros partidos que se aprovecharon del movimiento estudiantil de 1956 para tratar de establecer un control hegemónico sobre las escuelas afiliadas al IPN. Lo mismo sucedería durante las numerosas revueltas estudiantiles que se desarrollaron en diferentes partes de México a lo largo de los años sesenta.¹³⁰ El 68 no fue la excepción en este sentido porque el control social del estudiantado fue característico a toda la etapa de la guerra fría. Fue a partir del movimiento politécnico de 1956 que la juventud sería identificada cada vez más como un momento de la vida en el que la inocencia puede ser explotada por peligrosos intereses contrarios a los de México. La visibilidad de la figura del *estudiante* en la esfera pública y del *estudiantado* como colectivo se comenzó a identificar a partir de este momento como un “problema nacional”. Voceros del gobierno, autoridades escolares, representantes de los medios masivos de comunicación y miembros de diferentes

128 Véase, por ejemplo, Julio Scherer García y Carlos Monsiváis, *Parte de guerra II. Los rostros del 68*, 2002; Raúl Jardón, *El espionaje contra el movimiento estudiantil. Los documentos de la Dirección Federal de Seguridad y las agencias de inteligencia estadounidense en 1968*, 2003; Gilberto Guevara Niebla, *La libertad nunca se olvida. Memoria del 68*, 2004; Hugo Sánchez Gudiño, *op. cit.*; Enrique Condés Lara, *Represión y rebelión en México (1959-1985)*, 2007, y Jacinto Rodríguez Munguía, *op.cit.*

129 Véase, por ejemplo, Jeffrey W. Rubin, *Decentering the regime. Ethnicity, radicalism and democracy in Juchitán, México*, 1997; Elisa Servín, *Ruptura y oposición. El movimiento henriquista, 1945-1954*, 2001; O'Neill Blacker-Hanson, “Cold War in the Countryside: Conflict in Guerrero, Mexico”, 2009, pp. 181-210, y Tanalis Padilla, *Rural resistance in the land of Zapata. The Jaramillista movement and the myth of the Pax-Priista, 1940-1962*, 2008.

130 Véase, por ejemplo, Antonio Gómez Nashiki, *op. cit.*; Enrique de la Garza, Tomás Ejea León, y Luis Fernando Macías, *El otro movimiento estudiantil*, 1986, y Eric Zolov, “¿Cuba sí, Yanquis no!: The sacking of the Instituto Cultural México-Norteamericano in Morelia, Michoacán, 1961”, 2008.

partidos políticos temieron que en este momento de crisis nacional el joven mexicano fuera manipulado por “manos extrañas”. La atención exclusiva al movimiento del 68 ha perdido esto de vista.

Por eso la consigna “Un México antes y un México después de 1968” resulta más que problemática. Se trata de una distinción cronológica que ha dominado la historiografía del movimiento estudiantil mexicano e incluso ha jugado un rol fundamental en el modo en que los historiadores piensan la cronología política del conjunto del país. Estudios recientes sobre el tema insisten en que la historia moderna de México se divide en dos: una antes y una después del movimiento estudiantil de 1968. Según estos estudios, la lucha por la democracia en México se comienza a desarrollar a partir de este movimiento.¹³¹ Esta narrativa hace invisibles todas las formas de resistencia que existieron anteriormente. De este modo se borra de un plumazo la importancia de la lucha de los estudiantes médicos en la creación de asambleas estudiantiles en 1965, la demanda de los estudiantes de provincia en los sesenta para que se abrieran universidades estatales, los desafíos planteados por los sectores populares y en especial las luchas obreras por la creación de sindicatos independientes a finales de la década de 1950. En este artículo, he intentado compensar el modo en que el 68 nos ha obnubilado a través de mi estudio de la protesta de los estudiantes politécnicos en 1956. El concepto de democracia fue vagamente articulado en el curso del movimiento de 1956, pero resulta fundamental recordar que se trató del primer desafío público, directo y *masivo* en contra del Estado corporativo que el PRI intentó montar. La experiencia del 56 llevó al estudiantado a desarrollar un lenguaje antiautoritario y a pensar tácticas políticas que luego constituirían un legado tanto para los estudiantes capitalinos como para los movimientos de provincia que, a partir de los años sesenta, introdujeron la novedad organizativa de las brigadas de información que prevenían contra líderes “charros”, la organización de mítines relámpago en los espacios públicos de la

131 Véase, por ejemplo, la compilación de autores en El Universal, *1968: un archivo inédito*, 2008; Carlos Monsiváis, 2008; Eduardo Valle, *El año de la rebelión por la democracia*, 2008, y Pablo Gómez, *1968: La historia también está hecha de derrotas*, 2008.

ciudad, la ocupación de edificios como tácticas de presión, y la creación de grupos de autodefensa en contra de los esquirols y pistoleros que a finales de la década de 1960 se llegarían a conocer como *porros*.

Para concluir, el movimiento de 1956 marca el primer desafío público y directo organizado por parte de una organización estudiantil a favor de un nuevo concepto de democracia que maduraría a lo largo de los sesenta. Durante esa década las tensiones de la guerra fría aumentarían y el estudiantado se transformaría en un “problema nacional”. Para lidiar con este emergente problema la élite política mexicana llegó a crear nuevos mecanismos de control y mediación como el uso de los granaderos, el encarcelamiento de líderes estudiantiles, bajo la Ley de Disolución Social, la infiltración de agentes de la DFS en las escuelas, y la consolidación del charrismo estudiantil, los mismos actos autoritarios que marcarían las principales demandas de los estudiantes durante el movimiento de 1968.

BIBLIOGRAFÍA

Aguayo Quezada, Sergio, 1968: *Los archivos de la violencia*, México, Grijalbo, 1998.

Alonso, Antonio, *El movimiento ferrocarrilero en México, 1958/1959*, México, Era, 1975.

Barceló, Raquel, “El muro del silencio. Los jóvenes de la burguesía porfiriana”, en José Antonio Pérez Islas y Maritza Urteaga Castro-Pozo (coords.), *Historias de los jóvenes en México: Su presencia en el siglo XX*, México, Secretaría de Educación Pública (SEP)-Instituto Mexicano de la Juventud (IMJ), 2004, pp. 114-150.

Blacker-Hanson, O’Neill, “Cold War in the countryside: Conflict in Guerrero, Mexico”, en *The Americas*, Academy of American Franciscan History, octubre, 2009, pp. 181-210.

Braun, Herbert, “Protest of engagement: Dignity, false love, and self-love in Mexico during 1968”, en *Comparative Studies in Sociology and History*, vol. 39, núm. 3, Cambridge, Cambridge University Press, julio de 1997, pp. 511-549.

Brito Lemus, Roberto, “Cambio generacional y participación juvenil du-

- rante el cardenismo”, en José Antonio Pérez Islas y Maritza Urteaga Castro-Pozo (coords.), *Historias de los Jóvenes en México: Su presencia en el siglo xx*, México, Secretaría de Educación Pública (SEP)-Instituto Mexicano de la Juventud (IMJ), 2004, pp. 233-280.
- Camp, Roderic Ai, *Mexican political biographies 1935-1993*, Austin, University of Texas Press, 1995 [tercera edición].
- Cohen, Deborah y Lessie Jo Frazier, “«No sólo cocinábamos...» Historia inédita de la otra mitad del 68,” en Ilán Semo (edit.), *La transición interrumpida: México 1968-1988*, México, Universidad Iberoamericana, 1993, pp. 75-105.
- Condés Lara, Enrique, *Represión y rebelión en México (1959-1985), La guerra fría en México. El discurso de la represión*, México, Miguel Ángel Porrúa, 2007.
- De Groot, Gerard J., “The culture of protest: An introductory essay”, en Gerard J. De Groot (edit.), *Student protest. The Sixties and after*, Londres, Longman, 1997, pp. 3-11.
- Dubinsky, Karen, Catherine Krull, Susan Lord, Sean Mills, Scott Rutherford (edits.), *New world coming: The Sixties and the shaping of global consciousness*, Toronto, Between the Lines, 2008.
- Estrada, Gerardo, 1968. *Estado y universidad. Orígenes de la transición política en México*, México, Plaza y Janés, 2004.
- Garciadiego, Javier, *Rudos contra científicos. La Universidad Nacional durante la Revolución Mexicana*, México, El Colegio de México/Centro de Estudios sobre la Universidad-Universidad Nacional Autónoma de México, 1996.
- Garza de la, Enrique, Tomás León Ejea, y Luis Fernando Macías Zuluaga, *El otro movimiento estudiantil*, México, Extemporáneos, 1986.
- Gómez Nashiki, Antonio, “El movimiento y la violencia institucional. La Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1956-1966”, en *Revista de Investigaciones Educativas*, vol. 12, núm. 35, octubre-diciembre de 2007, pp. 1179-1208.
- Gómez, Pablo, 1968: *La historia también está hecha de derrotas*, México, Miguel Ángel Porrúa, 2008.
- Gould, Jeffrey L., “Solidarity under siege: The Latin American left, 1968”, en *American Historical Review*, vol. 114, núm. 2, abril de 2009, pp. 348-375.

- Guevara Niebla, Gilberto, *La libertad nunca se olvida. Memoria del 68*, México, Cal y Arena, 2004.
- Horn, Gerd-Rainer, *The spirit of '68: Rebellion in Western Europe and North America, 1956-1976*, Oxford, Oxford University Press, 2007.
- IPN (Instituto Politécnico Nacional), *50 años en la historia de la educación tecnológica*, México, 1988.
- Jardón, Raúl, *El espionaje contra el movimiento estudiantil. Los documentos de la Dirección Federal de Seguridad y las agencias de inteligencia estadounidense en 1968*, México, Itaca, 2003.
- Klimke, Martin y Joachim Scharloth (eds.), *1968 in Europe. A history of protest and activism, 1956-1977*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2008.
- Loyo Brambila, Aurora, *El movimiento magisterial de 1958 en México*, México, Era, 1979.
- Manzano, Valeria, "Sexualizing youth: Morality campaigns and representations of youth in early 1960s Buenos Aires", en *Journal of the History of Sexuality*, vol. 14, núm. 4, 2005, pp. 433-461.
- Marcué Pardiñas, Manuel *et al.*, "La crisis de la educación en México. La ocupación militar del Instituto Politécnico Nacional", en *Problemas de Latinoamérica*, vol. 3, núm. 13, México, Técnica Moderna, noviembre de 1956.
- Markarian, Vania, "El movimiento estudiantil mexicano de 1968. Treinta años de debates públicos", en *Anuario de Espacios Urbanos, Historia, Cultura, Diseño*, Área de Estudios Urbanos, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, México, 2001, pp. 239-264.
- Marsiske, Renate, "Clases medias, universidades y movimientos estudiantiles en América Latina (1910-1930)", en Renate Marsiske (coord.), *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina*, vol. 1, México, Centro de Estudios sobre la Universidad-Universidad Nacional Autónoma de México/Plaza y Valdés, 1999, pp. 142-157.
- Marwick, Arthur, *The Sixties: Cultural revolution in Britain, France, Italy, and the United States, c. 1958-c. 1974*, Oxford, Oxford University Press, 1998.
- Mendoza Rojas, Javier, *Los conflictos de la UNAM en el siglo XX*, México, Centro de Estudios sobre la Universidad-Universidad Nacional Autónoma de México/Plaza y Valdés, 2001.

- Mendoza, Nicandro, “Relaciones Estado-IPN, en 1956”, en Óscar Mohar, (edit.), *Crisis y contradicciones en la educación técnica de México*, México, Edición Gaceta, 1984, pp. 73-95.
- Milanesio, Natalia, “Gender and generation: The University reform movement in Argentina, 1918”, en *Journal of Social History*, vol. 39, núm. 2, invierno de 2005, pp. 505-529.
- Monsiváis, Carlos, *El 68. La tradición de la resistencia*, México, Era, 2008.
- Necoechea Gracia, Gerardo, “Los jóvenes a la vuelta del siglo”, en José Antonio Pérez Islas y Maritza Urteaga Castro Pozo (coords.), *Historias de los jóvenes en México: Su presencia en el siglo xx*, México, Instituto Mexicano de la Juventud/Secretaría de Gobernación/Archivo General de la Nación (Jóvenes, 16), 2004, pp. 92-113.
- Pacheco Calvo, Ciriaco, *La organización estudiantil en México*, Sinaloa, Universidad Autónoma de Sinaloa, 1980.
- Padilla, Tanalís, *Rural resistance in the land of Zapata. The Jaramillista movement and the myth of the Pax-Priista, 1940-1962*, Durham, Carolina del Norte, Duke University Press, 2008.
- Passerini, Luisa, “Youth as a metaphor for social change: Fascist Italy and America in the 1950s”, en Giovanni Levi y Jean-Claude Schmitt (edits.), *A history of young people in the West*, Cambridge, Belknap Press, 1997.
- Pensado, Jaime M., “Student Politics in Mexico in the Wake of the Cuban Revolution”, en Karen Dubinsky, Catherine Krull, Susan Lord, Sean Mills, Scott Rutherford (edits.), *New world coming: The Sixties and the shaping of global consciousness*, Toronto, Between the Lines, 2008, pp. 330-338.
- Pensado, Jaime M., “The (forgotten) Sixties in Mexico”, en *The Sixties: A Journal of History, Politics and Culture*, vol. 1, núm. 1, junio de 2008, pp. 83-90.
- Pensado, Jaime M., “Political violence and student culture in Mexico: The consolidation of porrismo during the 1950s and 1960s”, tesis de doctorado, Chicago, Universidad de Chicago-Departamento de Historia, 2008.
- Pensado, Jaime M., *Rebel Mexico. Student unrest and authoritarian culture during the long Sixties*, Stanford, Stanford University Press, 2013.

- Pozas Horcasitas, Ricardo, *La democracia en blanco: el movimiento médico en México, 1964-1965*, México, Siglo XXI, 1993.
- Rivas Ontiveros, René, *La izquierda estudiantil en la UNAM. Organizaciones movilizaciones y liderazgos (1958-1972)*, México, Miguel Ángel Porrúa, 2007.
- Rodríguez Kuri, Ariel, “Los primeros días. Una explicación de los orígenes inmediatos del movimiento estudiantil de 1968”, en *Historia Mexicana*, núm. 209, vol. 53, núm. 1, México, El Colegio de México, julio-septiembre de 2003, pp. 179-228.
- Rodríguez Munguía, Jacinto, *1968: Todos los culpables*, México, Debate, 2008.
- Rubin, Jeffrey W., *Decentering the regime. Ethnicity, radicalism and democracy in Juchitán, México*, Durham, Duke University Press, 1997.
- Russell Morris, Donald, “Political violence and political modernization in Mexico: 1952-1964”, tesis de doctorado, Madison, Wisconsin, Universidad de Wisconsin, 1971.
- Sánchez Gudiño, Hugo, *Génesis, desarrollo, y consolidación de los grupos estudiantiles de choque en la UNAM, 1930-1990*, México, Facultad de Estudios Superiores Aragón-Universidad Nacional Autónoma de México/Miguel Ángel Porrúa, 2006.
- Scherer García, Julio y Carlos Monsiváis, *Parte de guerra II. Los rostros del 68*, México, Nuevo Siglo/Universidad Nacional Autónoma de México, 2002.
- Schmitt, Karl M., *Communism in Mexico; a study in political frustration*, Austin, University of Texas Press, 1965.
- Servín, Elisa, *Ruptura y oposición. El movimiento henriquista, 1945-1954*, México, Cal y Arena, 2001.
- Sorensen, Diana, *A turbulent decade remembered. Scenes from the Latin American Sixties*, Stanford, Stanford University Press (Cultural Memory in the Present Series), 2007.
- Stevens, Evelyn P., “Legality and extra-legality in Mexico”, en *Journal of Inter-American Studies and World Affairs*, vol. 12, núm. 1, enero de 1970, pp. 62-75.
- Stevens, Evelyn P., *Protest and response in Mexico*, Boston, MIT Press, 1974.
- Universal, El/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1968: un archivo inédito*, México, 2008.

- Valle, Eduardo, *El año de la rebelión por la democracia*, México, Océano, 2008.
- Vázquez Mantecón, Álvaro, Juncia Avilés y Sergio Raúl Arroyo, *Memo-
rial del 68*, México, Universidad Nacional Autónoma de México,
2007.
- Vera de Flachs, María Cristina, “Antecedentes del movimiento universitario
de 1918 en Córdoba: los primeros profesores de la Facultad de Cien-
cias Físico-Matemáticas”, en Renate Marsike (coord.), *Movimientos
estudiantiles en la historia de América Latina*, vol. 1, México, Centro
de Estudios sobre la Universidad-Universidad Nacional Autónoma de
México/Plaza y Valdés, 1999, pp. 84-120.
- Zermeño, Sergio, *México: Una democracia utópica*, México, Siglo XXI,
1978.
- Zolov, Eric, “¡Cuba sí, Yanquis no!: The sacking of the Instituto Cultu-
ral México-Norteamericano in Morelia, Michoacán, 1961”, en Gil-
bert M. Joseph y Daniela Spenser (edits.), *In from the cold: Latin
America’s new encounter with the Cold War*, Durham, Duke Univer-
sity Press, 2008, pp. 214-252.